

SERVICIO
SECRETO

SS

PECES DEL INFIERNO

Curtis Garland

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Una absoluta rareza. Una historia que encaja perfectamente dentro de la colección «Servicio Secreto», pues tiene una intriga de agentes y megalómano de turno, al estilo James Bond y sus némesis. Sin embargo, también existe una sub-trama de ciencia ficción, con animales marinos mutados y convertidos en gigantes. Entre esos animales hay tiburones, y de hecho se menciona la película de Spielberg, si bien, por misteriosos motivos, se evita aludirla directamente.

En el lado negativo, sin embargo, cabe apuntar que es una de las novelas peor cuidadas por parte de Curtis Garland, en lo que a redacción se refiere. Los fallos de sintaxis son abundantes, y da la impresión de que esta obra la escribió más deprisa de lo que era norma en la época, pues hay errores a mansalva. No sólo un fallo característico en él como era la profusión de posesivos —algo inherente, por cierto, a muchos autores españoles, demasiado acostumbrados a leer (malas) traducciones del inglés—, sino que la construcción gramatical de muchas frases resulta terrible. Lástima, porque la simpatía y vigor de la historia hubiera incitado una obra de gran valía.



Curtis Garland

Peces del infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1539

ePub r1.0

Lds 24.01.19

Título original: *Peces del infierno*

Curtis Garland, 1980

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

MUERTE INVISIBLE

Los dos hombres estaban asustados. Y por diferentes motivos.

Los dos se sabían condenados irremisiblemente a muerte. Y también por diferentes motivos.

Los dos llegaron el mismo día a la ciudad. Sus motivos seguían siendo diferentes.

Los dos iban a morir pronto. Violentemente. Brutalmente. Por distinto motivo.

Ambos sabían lo que les podía esperar en cualquier momento, a la vuelta de cualquier esquina. Aun así, tenían que hacer lo que estaban haciendo. Porque era lo último que les quedaba por hacer en la vida, y existían motivos suficientes para jugarse la vida a una sola carta.

Después de todo, su vida valía ya muy poco. Nadie, de conocer la terrible verdad de cada uno, hubiese dado un solo dólar por su piel. De modo que no les importaba gran cosa arriesgarse. Era el último riesgo que corrían. Morirían de todos modos, aunque no hubiesen llegado ahora a la capital de la nación en busca de algo. Cuando menos, esperaban salvar algo con su sacrificio final.

Uno de ellos confiaba en salvar a su propia hija de una suerte siniestra y terrible como la suya.

El otro quería salvar algo más que una vida humana. Pretendía salvar a su país. A los Estados Unidos de América. Y, con ellos, tal vez al mundo mismo.

Washington les recibió a ambos una tarde lluviosa y tristonja, con el cielo encapotado, las aguas del Potomac corriendo grisáceas,

batidas por la lluvia persistente, y las luces de sus avenidas, edificios públicos y privados, prematuramente encendidas para ahuyentar la oscuridad excesiva de la tarde.

Uno de ellos llegó en avión. El otro, en tren.

No se habían visto jamás el uno al otro. No se conocían, Sin embargo, aun siendo sus razones para aquel viaje totalmente distintas, y ser entre sí perfectos desconocidos, un factor común iba a unirles pronto en una misma suerte.

Ese factor era la muerte.

Pero aun antes de eso, sin ellos saberlo, existía otro nexo fantástico e insospechado, que hacía de ellos algo mucho más común de lo que hubiesen podido imaginar, caso de haber sabido cada uno la existencia del otro y su urgencia por ver a alguien en la capital federal de la nación.

Uno de ellos se dirigía al Capitolio. Tenía que ver a un senador.

El otro buscaba a un hombre, pero éste no era senador ni estaba en el Capitolio. Era un hombre llamado Jonnah Jordan.

Se le conocía también como J. J. simplemente, en ciertos círculos oficiales de Washington.

Y en otros, como el agente especial *Galaxia*, nombre-clave concedido por el Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos a su agente Jonnah Jordan.

* * *

El hombre de Florida consultó su pequeña agenda de notas para confirmar las señas allí anotadas. Su dedo temblaba, nervioso, siguiendo las líneas de una determinada página.

Señaló un nombre y una dirección concretos:

Jonnah Jordan. New York Avenue, 470. Washington, D. C.

Respiró hondo. Se enjugó el sudor de su rostro y miró alrededor. Era un día húmedo y poco amable. La lluvia se mezclaba con la transpiración. Las luces del alumbrado público y de los monumentos nacionales se reflejaban en el asfalto como en un espejo negro.

Había acertado. Estaba ahora justamente ante el número 470 de New York Avenue, cerca del cruce con Massachusetts Avenue. Era un edificio moderno, de apartamentos, ni demasiado lujoso ni

tampoco modesto. Lo adecuado para ejecutivos, visitantes oficiales de la capital burocrática de la nación, políticos estatales y todo eso. Los millonarios y magnates, probablemente, buscarían un sitio más suntuoso y sofisticado. Y los viajantes comerciales elegirían algo bastante más modesto.

Entró en el amplio y confortable vestíbulo. Una ojeada a la lista de nombres inscritos en los diversos apartamentos, le reveló que en la planta catorce se hallaba el hombre que buscaba. Apartamento 145-D, exactamente.

Se encaminó a los ascensores, tras una ojeada angustiada en torno suyo. Parecía temer algo, pero la presencia del conserje en su mostrador de recepción, así como los visitantes o huéspedes que iban y venían, no parecieron ofrecerle un aspecto demasiado alarmante, y se serenó con cierto esfuerzo.

—Tal vez tenga suerte —jadeó—. Tal vez pueda ver a Jordan y decirle lo que sucede allí...

Volvió a pasarse un pañuelo por el rostro, y lo retiró húmedo, aunque no podía saber si era agua de lluvia o sudor. Entró en un ascensor, rodeado por personas que ni siquiera le dirigieron una mirada.

Después de todo, era un hombre absolutamente gris. No muy alto, ni flaco ni grueso, edad media, entre cuarenta y ocho a cincuenta y cinco años, ropa de sarga azul oscura, algo arrugada, cabellos ligeramente canosos, rostro vulgar y expresión cansada. Sus grises ojos daban la impresión de fatiga y algo de miopía.

Caminó resueltamente cuando el ascensor le dejó en la planta decimocuarta, y volvió a mirar a ambos lados, lleno de evidente preocupación. El ascensor cerró sus puertas y siguió hacia arriba. Solamente él se detuvo en aquel piso. Por ese lado, se sintió tranquilo.

Encontró prestamente la puerta

145-D

en uno de los largos corredores de aquel edificio. Se detuvo. Volvió a mirar a ambos extremos del pasillo, largo y desierto. Seguía sin verse a nadie. Eso debiera haberle tranquilizado. Pero había algo en aquella soledad, en aquel silencio, que en vez de calmarle logró provocar su inquietud.

Después de todo, él *sabía* que la muerte podía ser *silenciosa*.

Silenciosamente la había visto llegar, allá en su tierra natal. Era esa forma de muerte, callada y cruel, silente e inexorable, la que le había llevado a Washington en busca de ayuda.

Ayuda no para él, sino para Leslie, su hija. Leslie necesitaba que alguien cuidara de ella. Y, por desgracia, no creía que pudiese vivir lo suficiente para protegerla. Los hombres que saben demasiado no viven gran cosa. Siempre terminan por molestar a alguien.

El molestaba a un poder demasiado grande y temible. El era un peligro para alguien. Y ese alguien no se detenía ante nada con tal de alcanzar sus objetivos a costa de lo que fuese.

Si pudiera llegar a ver a Jonnah Jordan, hablar con él, revelarle lo que sucedía en un lugar de los Estados Unidos... Antes de que fuese demasiado tarde. Antes de que el horror desatado en un determinado punto del país terminara por salirse de sus actuales cauces y llevar la muerte y el pánico a otros muchos lugares...

Pulsó el timbre de la puerta

145-D

. Esperó.

Al otro lado de la puerta no hubo respuesta alguna. El hombre se puso más nervioso. Insistió en su llamada, manteniendo esta vez el dedo apoyado en el timbre.

La respuesta siguió sin llegar. Nadie abrió la puerta. Nadie le franqueó el paso.

Por contra, a sus espaldas le pareció captar un ruido súbitamente.

Nada especial. Sólo un roce leve, sutil. Como el arrastrar de un reptil sobre la moqueta color ocre del pasillo.

Giró la cabeza, con un jadeo. Sus ojos se dilataron, movidos por el terror. Pero no vio nada ni a nadie. El ruido parecía simple fruto de su imaginación. Sólo que no lo era. El lo sabía. El había oído antes ese mismo roce escalofriante.

Y la muerte le siguió. La muerte en forma horrible, estremecedora...

Se le erizaron los canosos cabellos cuando el roce se repitió en alguna parte. No se veía nada ni a nadie. Pero allí estaba aquel ruido susurrante, sinuoso, presagio de la llegada de la propia muerte...

—Oh, no, no, por Dios... —Casi sollozó, mortalmente pálido,

aferrándose a la puerta cerrada, de espaldas a ella, mirando sin ver, desorbitada su mirada, como si viese ante sí algo espantoso, pese a que seguía sin verse nada de nada—. Ahora, no... Cuando estaba tan cerca... Cuando Jonnah Jordan pudo haberme ayudado... ¡No puede ocurrir esto! ¡No puedo morir ahora a manos de ese maldito horror invisible! No ahora, por el amor de Dios... Está Leslie... Tengo que ayudarla, evitar que peligro... que ocurra lo peor...

Se agitó de repente, como sacudido por algo invisible y mortal. Palideció, exhalando un gemido ronco, y se llevó las manos a la garganta. La aferró casi desesperadamente, como si luchase con unas garras inmateriales que le asfixiaran de forma implacable.

Empezó a deslizarse hacia el suelo, retorciéndose, enrojeciendo primero el rostro, para luego irse amoratando por momentos, hasta que se desfiguró en forma atroz, los ojos inyectados en sangre eran como globos saltándole de sus órbitas, y con un estertor horrible, se convulsionó finalmente, ya encogido en la moqueta.

Así murió el hombre llegado a Washington para entrevistarse con Jonnah Jordan, agente especial de la Inteligencia norteamericana. No pudo nunca llegar a verle ni revelarle el misterio trágico que se había iniciado en otro lugar del país, para terminar ahora con su propia vida, en aquel pasillo de un edificio de apartamentos de la capital federal.

En el corredor, la muerte invisible parecía haber dejado de existir. No se percibía ni el más leve roce, ni rastro de aquel murmullo siniestro que provocó la extraña e inevitable muerte de un hombre.

* * *

El segundo hombre era importante en el lugar de donde procedía.

Y también era importante el individuo a quien iba a visitar esa tarde en su despacho del Capitolio washingtoniano.

Porque él era Norman McLeod, alcalde de una ciudad costera de Florida. Y su visitado nada menos que el senador por Florida, Angus Farrar.

El motivo de su urgente viaje aéreo a Washington no podía ser más serio ni apremiante. La seguridad nacional, el destino de los

Estados Unidos en un próximo futuro, y tal vez con todo ello el futuro mismo del mundo, movía al alcalde McLeod a buscar de forma tan secreta como desesperada el apoyo del senador en su intento por evitar la gran amenaza latente en un determinado lugar de la costa atlántica. La amenaza contra su patria, contra su gente, contra él mismo...

Porque sabía cuál era el peligro que estaba corriendo al actuar así. Sabía que su vida pendía de un hilo en estos momentos. Quedarse en Florida significaba, no obstante, correr la misma suerte. Ellos sabían que él estaba enterado de todo. Y ellos no perdonaban. No podían hacerlo. El éxito de sus planes dependía de eso. Ahora, él podía desbaratar esos planes, arruinar un tenebroso complot contra la seguridad humana misma. Todo dependía de que Angus Farrar le creyese y pudiera transmitir al presidente sus temores. Y todo dependía, por encima de lo demás, de que él mismo pudiese llegar a verse ante Angus, antes de que alguien terminara con su existencia.

El ujier que le atendió en los amplios salones del Capitolio se mostró fríamente cortés. Los senadores siempre tenían visitas que consideraban de máxima prioridad el motivo de su entrevista. Pero la experiencia, sin duda, había enseñado al funcionario a desconfiar por naturaleza de los apremios de los visitantes. Le apaciguó, advirtiéndole que el señor Farrar tenía asuntos importantes entre manos y una entrevista pendiente con un político destacado de la Casa Blanca, y no podría atenderle, al menos, en una hora o más.

—Es igual —dijo bruscamente McLeod—. Esperaré.

El ujier carraspeó, mirando el reloj del salón significativamente.

—Me permito indicarle, señor, que son ya las seis de la tarde —avisó—. A las siete, el señor Farrar suele estar ya fuera del Capitolio. No le gusta permanecer hasta demasiado tarde aquí...

—Hoy tendrá que hacer una excepción. Debo verle sin pérdida de tiempo.

—Señor, le aconsejaría que esperase a mañana. Puedo apuntar su nombre el primero en la lista de visitas, y así a las ocho en punto estará en presencia del señor Farrar...

—No —negó casi con aspereza el alcalde—. Será hoy. *Tiene* que ser hoy. Ahora. Es cosa de vida o muerte.

El ujier estaba mitad perplejo, mitad enfadado. Juzgó llegado el

momento de ponerse algo brusco:

—Señor McLeod, es posible que el señor Farrar se niegue a verle, por mucho que usted insista. En ese caso, me vería obligado a expulsarle de aquí y sería difícil que mañana le recibiese.

—Haga lo que quiera, pero dígame que estoy aquí y que esperaré lo que sea preciso hasta que él me reciba. Sea cuando sea. Le entretendré poco tiempo. Pero tengo que verle, por encima de todo.

Y se acomodó en una butaca del vestíbulo, ante la mirada de irritación del ujier.

—Está bien —murmuró éste con sequedad—. Informaré al señor Farrar. Pero mucho me temo que está usted cometiendo un error. Esto es Washington, señor, no la pequeña población de donde usted viene...

Y airadamente, dio media vuelta, desapareciendo por una puerta lateral. McLeod se retrepó en el asiento con un suspiro. Miró a su alrededor con cierta confianza las columnas, cortinajes y cuadros enmarcados de la sala. Esperaban cuando menos, que aquél fuese un lugar bastante seguro para esperar a que Farrar le recibiese, sin correr un peligro cierto.

Fuera, era distinto. Por eso no quería demorar más la entrevista. Podía significar el desastre. Y el desastre era su propia muerte. El enemigo estaría acechando allí, en alguna parte. Donde fuese, pero estaría. El estaba convencido de ello. La tarde lluviosa y triste de Washington podía albergar la presencia de la muerte. Muy cerca de él.

El ujier se demoraba en el regreso. Norman McLeod miró por los ventanales. La lluvia charolaba el asfalto de la ciudad. En Delaware Avenue era como un festón de luces reflejándose en el espejo ondulado del suelo mojado de lluvia. Allí en la distancia, la iluminación de los monumentos realzaba la estructura de piedra de éstos, en medio de los jardines bien cuidados de la zona destinada a centros oficiales.

De repente, estuvo seguro de que el peligro estaba cerca. Allí mismo quizá. Fue como un ramalazo de terror. Como una espantosa corazonada que llevó un miedo helado a su corazón y una punzada de aviso a su mente.

Se volvió. Quedóse rígido, petrificado, con los ojos dilatados, muy fijos en los dos hombres que aparecían en el salón, y que no

parecían encajar muy bien en el severo y suntuoso ambiente capitolino.

Eran dos pistoleros. Dos asesinos. Tenían marcado ese infame sello en toda su persona. Aunque pareciese increíble, habían logrado salvar las barreras protectoras del edificio oficial para llegar hasta él.

Le estaban mirando desde una puerta de recogidos cortinajes rojos. Su expresión era burlona. Sus ojos brillaban fría y cruelmente. Llevaban las manos hundidas en sus prendas impermeables oscuras. Cuando las extrajeron, iban enguantadas. Y sus respectivas diestras empuñaban pistolas automáticas provistas de silenciador.

—¿Eh? —jadeó McLeod—. ¿Qué... qué pretenden?

Ellos ni siquiera se dignaron responder. Se limitaron a soltar una risita irónica, sin quitarle los ojos de encima. Sus armas dispararon simultáneamente.

El alcalde llegado de una pequeña ciudad de Florida sintió el doble impacto en su cuerpo. Una bala se clavó en su corazón. La otra en sus pulmones. Ambas eran mortales.

Tosió, cayendo de rodillas, con expresión de dolor y angustia, mientras se ahogaban en el aire quieto de las salas suntuosas los dos taponazos ásperos de las armas silenciosas.

La sangre asomó a sus labios. Otra tos y se derrumbó de bruces con un gemido ronco. Unas pocas palabras brotaron desesperadamente de sus labios crispados:

—Ya nunca... se enterarán... de lo que está... sucediendo...

Se hundió su rostro en la espesa alfombra. Estaba muerto.

Los dos asesinos se miraron con una sonrisa. Guardaron sus armas y salieron rápidamente de la sala.

Sólo unos instantes más tarde, el ujier reapareció. Iba a hablar cuando descubrió la presencia del cadáver del visitante. Lanzó una sorda imprecación, corrió hasta él y le volvió, descubriendo los dos orificios de bala, la expresión agónica impresa en el rostro de la víctima, y la sangre que empapaba sus ropas y la alfombra.

Inmediatamente, corrió a dar la alarma. El senador Angus Farrar nunca sabría ya por qué quería verle con tanta urgencia, un alcalde provinciano de su estado natal.

CAPÍTULO II

AGENTE ESPECIAL

Melba Leeds miró sorprendida a su acompañante.

—¿Qué ocurre, Jonnah? —se interesó.

—No lo sé aún —respondió él, cauto—. Pero algo ocurre, de eso no hay duda.

—No he oído ni visto nada —susurró la joven, recorriendo con la mirada todo el rellano, apenas se abrió el ascensor en la planta decimocuarta.

—Tal vez sea deformación profesional mía, Melba, pero intuyo algo. Es como si se captara un determinado aroma.

—¿Qué clase de aroma?

—El peligro. Quizá la muerte —los ojos de él, duros, fríos y acerados en este momento, con un extraño reflejo dorado en su fondo, se entornaban, sin revelar en absoluto la jovial cordialidad que momentos antes advirtiera en él su joven y bella compañera.

—¿Olfateas el peligro o la muerte, Jonnah? —se sorprendió ella.

—En ocasiones. Ésta es una de ellas.

—Pero sigo sin ver nada...

—A veces no es necesario verlo para que esté ahí —la apartó suavemente con un brazo, situándola tras él. Luego, instintivamente, su mano tocó la axila izquierda, mientras avanzaban corredor adelante—. Lamentaría que se echara a perder esta ocasión de tomar juntos una copa en mi apartamento, Melba, pero en este trabajo uno nunca puede estar seguro de nada...

—Creí que estabas de vacaciones... —le comentó ella con cierta ironía.

—Y así es. —Jonnah Jordan se permitió un asomo de sonrisa, aunque la tensión de sus labios seguía siendo hosca—. Yo estoy de vacaciones. Sólo que los demás no tienen por qué estarlo también. Y tengo enemigos, recuérdalo.

—Sí, lo imagino. En tu trabajo, eso debe de ser tan fácil...

Jonnah no comentó nada. Por el contrario, hizo un gesto de inteligencia, incitándola a que continuara hablando. De cualquier cosa, pero que hablara sin parar. Eso impediría que cualquier persona pudiese darse cuenta de que él sospechaba algo anormal.

—Sí, querido Jonnah —continuó ella, buscando desesperadamente en su imaginación cualquier tema trivial de conversación que sonara de forma lo bastante convincente a cualquiera—. Te aseguro que he pasado una noche espléndida a tu lado. No tienes por qué disculparte porque no hubiera entradas para el *ballet*. Ha sido mucho mejor cenar e ir a bailar a ese nuevo local adonde me llevaste...

Jonnah no dijo nada. Estaban llegando a la esquina de su propio corredor. En sus dedos, bajo la chaqueta, apretaba la culata de una pistola muy especial, diseñada exclusivamente para determinados miembros del Servicio de Inteligencia, y capaz de hacer cosas que ningún otra arma convencional lograría.

Doblaron el recodo. Y Jonnah lanzó una sorda imprecación al ver la figura humana encogida ante su puerta, formando un ovillo trágico en el suelo. Su instinto le dijo inmediatamente que aquel hombre estaba muerto. Y que, fuese lo que fuese lo que causó su muerte, ya no se hallaba allí. Aunque apenas hubo llegado a la carrera junto al desfigurado cadáver de rostro violáceo e hinchado, comprobó que no hacía ni quince minutos que cayera muerto allí mismo.

Miró alrededor. Nadie, evidentemente, había cruzado aquel corredor o asomado a puerta alguna en el intervalo entre el fallecimiento y su llegada. Examinó atentamente el cadáver, mientras Melba, a su espalda, contemplaba la escena con un ronco gemido de horror, y llegó a una conclusión casi inmediata:

—Este hombre ha muerto asfixiado. Como si le hubieran estrangulado. Pero no hay huellas de violencia en él. Nadie le tocó.

—En ese caso, debe tratarse de una muerte natural. Tal vez un colapso... —sugirió Melba.

—Tal vez —los ojos de Jonnah, brillantes y fríos parecían estar de acuerdo con sus palabras—. De todos modos, quisiera estar seguro de ello. Vamos, Melba. Si este hombre ha muerto exactamente *aquí*, creo que podemos saber cómo murió.

Ella le miró asombrada. Jonnah abrió la puerta de su apartamento. Entró con ella e introdujo el cadáver entre sus fuertes brazos, depositándolo en un sofá. Luego, se encaminó a un receptor de televisión aparentemente normal, y conectó su dial, no sin antes hacer girar totalmente a la izquierda uno de los mandos.

Melba vio pasar rayas distorsionadas por la pantalla durante un rato, hasta sonar un leve chasquido. Luego, automáticamente, el televisor comenzó a funcionar realmente, apareciendo imagen en su pantalla. La imagen era siempre la misma: la puerta del apartamento de Jordan. Melba comenzó a comprender.

De pronto, algo hizo funcionar el video con acción humana. Un *actor* había aparecido en escena. Era el hombre muerto, sin duda alguna. Pero su rostro difícilmente se hubiese podido comparar con el del cadáver, tal era su deformación. Las ropas y el cabello, sin embargo, eran el mismo.

El hombre llegó ante la puerta. La miró. Su rostro reflejaba miedo. Llamó al timbre. Insistió en su llamada poco después. Esperó. Miraba en torno, con angustiada preocupación.

De pronto, su rostro se transfiguró. Parecía ver algo, Pero el objetivo del circuito cerrado de televisión que funcionaba secretamente en el apartamento de Jonnah no reveló presencia viviente alguna. El corredor estaba vacío, con la sola excepción del hombre. Por el altavoz del aparato surgió un sonido extraño. Algo así como un susurro. Era igual que un roce. Jonnah enarcó las cejas, sorprendido. Aquello le recordó el deslizarse de un reptil. Pero no se veía reptil alguno en el pasillo.

Luego, el visitante comenzó a agitarse, sus ojos se desorbitaron. Llevó sus manos al cuello, como si se asfixiara. Y la terrible agonía, en todos sus detalles, apareció ante los dos espectadores, mientras el susurro crecía un momento, para apagarse luego de modo definitivo.

—Cielos, Jonnah... —Se estremeció Melba, aferrándole una mano—. Es horrible.

—Horrible, sí. Algo le estaba matando, pero ¿qué?

Terminó la escena con la muerte del hombre. Por el altavoz, surgió de nuevo sonido. Ahora, era la voz misma del agonizante:

—«Oh, no, no, por Dios... Ahora, no... Cuando estaba tan cerca... Cuando Jonnah Jordan pudo haberme ayudado... ¡No puede ocurrir esto! ¡No puedo morir ahora a manos de ese maldito horror invisible! No ahora, por el amor de Dios... Está Leslie... Tengo que ayudarla, evitar que peligre... Ella no debe... enfrentarse a ese horror... y morir. Es preciso evitar... que ocurra lo peor...».

Un gemido largo, ronco, una deformación mayor de su violáceo rostro, y el hombre moría ante la insensible cámara de TV instalada en el exterior. Un silencio de muerte flotó en el ambiente del apartamento tras todo aquello.

Jonnah no dijo nada de momento. Se incorporó, cruzando la estancia, y tras pulsar de nuevo el dial del televisor, para repetir la escena grabada, fue a un mueble-bar, preguntando a su compañera:

—¿Algo de beber?

—Si, por favor —musitó ella roncamente—. Fuerte, además. *Whisky o brandy*. Jonnah.

El asintió. Sirvió dos vasos y les puso hielo. Volvió junto a ella, y le entregó el vaso, sin quitar sus ojos de la pantalla. Sólo cuando hubo terminado la trágica grabación, cerró el televisor. Tomó un sorbo de *whisky bourbon* y meneó la cabeza.

—Parece un asesinato en toda regla —dijo.

—¿Pero quién le pudo asesinar? No había nadie en ese corredor...

—Yo quisiera saber antes *qué* es lo que le asesinó. Tal vez la autopsia aclare eso. De momento, me he fijado en algunas palabras determinadas de su monólogo.

—¿Cuáles, Jonnah? —También ella tomó un buen trago del *bourbon*.

—Yo iba a ayudarle... El horror invisible... Leslie... Evitar que ocurra lo peor...

—¿Qué puede significar?

—Sé tanto como tú. Evidentemente, este pobre hombre vino a pedir mi ayuda. Y algo le aniquiló antes de entrevistarse conmigo. Hay alguien llamado Leslie, una mujer que peligra y puede morir. Y algo está sucediendo en alguna parte, relacionado con ese «horror invisible» de que habló... Veamos si saco en limpio algo de sus

ropas y documentos... Luego llamaré a la policía.

Registró el cadáver cuidadosamente. Comprobó que las ropas estaban confeccionadas por unos almacenes de sastrería de Port Orange, en Florida. La documentación del hombre también coincidían en ese punto. Su carnet de conducir y su identificación personal estaban extendidos en Port Orange y Dayton Beach, que eran ciudades vecinas.

El nombre del difunto, según aquellos documentos, era Selwyn Lark. Profesor Selwyn Lark. No decía de qué era profesor, pero tenía ese título en su tarjeta de la Seguridad Social.

Luego, Jonnah Jordan enarcó las cejas, sorprendido, al hallar entre los documentos del hombre una tarjeta de visita que le resultó reveladora.

La mostró a Melba. Ella leyó el nombre impreso allí:

—Harry Goldberg —miró a Jonnah—. ¿Quién es?

—Un viejo amigo de mi padre —explicó él—. Eso aclara el hecho de que el profesor conociera mi profesión. Vino a verme porque yo soy agente especial, no hay duda.

—¿Crees que Goldberg le recomendó que te viese?

—Sí —afirmó lentamente Jordan—. Una vez le ayudé a él en un asunto difícil en que estaba metido. Goldberg fue siempre un gran oceanógrafo. Ahora creo que vive retirado, dedicándose a viajar con su pequeño yate por todas las costas, especialmente las del Atlántico Norte, que son sus favoritas.

—Y ahora te envió a un amigo suyo para que te pidiera ayuda...

—Eso es. Tendré que comprobarlo buscando a Goldberg, tratando de localizarlo de alguna manera —meneó la cabeza, con cierto desaliento—. En sus documentos no parece haber nada aclaratorio... Mira, una fotografía. Una chica joven. Tal vez sea esa Leslie.

La muchacha era una joven pelirroja, muy atractiva, vestida con unos *shorts* blancos y una blusa azul. Tras ella se veía una estructura que se adentraba en el mar y sobre cuya fachada se leía:

MARINELAND DE PORT ORANGE

—Seguro que es Leslie —asintió Melba—. Lleva dos iniciales bordadas en la blusa: L. L.

—Buen detective —aprobó Jonnah, con una débil sonrisa—. Tal

vez Leslie Lark...

—Sí, pensaba lo mismo —afirmó ella, cambiando una mirada con él.

Jonnah fue al teléfono, pensativo. Lo descolgó. Poco después, informaba a la policía de Washington de lo sucedido en su apartamento. Colgó. E hizo una segunda llamada para informar de nuevo. Esta vez, a un teléfono que no figuraba en guía telefónica alguna. Era el número del Servicio de Inteligencia del Gobierno, Rama Especial.

* * *

Archie F. Sanders era el jefe de la Rama Especial del Servicio de Inteligencia del Gobierno de los Estados Unidos.

Contempló pensativo a su visitante. Luego, le mostró con un gesto una pantalla surgida en la pared, al elevarse un panel de ésta, ocultando a sus ojos la efigie de George Washington entre las banderas de la nación y de la Independencia de los Estados Unidos, tal y como cruzó por entonces el Delaware.

—Jonnah, mira ahí, por favor —pidió—. Vas a ver algo interesante; sin duda.

El agente especial clavó su mirada en el muro. Éste se iluminó. Una cámara de proyección empezó a pasar fotografías, diapositivas y documentos.

—Como verás, tenemos los datos relativos al profesor Selwyn Lark, de Port Orange, Florida.

—Profesor en Oceanografía —dijo Jonnah, sin sorprenderse.

—Eso es. Profesor en Oceanografía, y experto en crías marinas especialmente. Trabajó habitualmente para la instalación Marineland, recién montada en Port Orange. Y pertenecía al Instituto de Investigaciones Oceanográficas de Florida.

—Viudo. Con una hija —comprobó Jonnah en una ficha que se proyectaba en esos momentos.

—Exacto. Leslie Lark, de veintidós años. Su única hija. Soltera. Trabaja también en asuntos marinos. Su debilidad son las criaturas marinas. Delfines, tortugas, y todo eso. Pero no es una profesional, aunque colabora con Marineland también.

—Es muy bonita —comentó Jonnah.

—¿Bonita? —Sanders enarcó las cejas, sorprendido—. No tenemos ninguna fotografía de ella aún...

—Yo sí la tengo —sonrió el joven con aire enigmático.

En la pantalla aparecieron diversas Vistas de las instalaciones de Marineland. Era un acuario y terrario completo. Cisternas para tortugas, delfines y tintoreras, cultivos de crustáceos y de mariscos, viveros de ostras, observatorios submarinos, reptiles de todo género en sus instalaciones de vidrio, y raros ejemplares de peces tropicales o de grandes profundidades en una serie de acuarios diversos.

—Es una instalación subvencionada por el propio estado de Florida, y comenzada gracias a la iniciativa del ahora senador por Florida, Angus Farrar, por entonces concejal de Port Orange, su ciudad natal. No es tan importante como el otro *Marineland* existente al sur de Florida, pero terminará por competir con él dignamente en cuanto a ejemplares obtenidos y riqueza de instalaciones.

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué tengo yo que ver con asuntos marinos? —Gruñó Jonnah Jordan.

—Eso no lo sé, Jonnah —suspiró el jefe de Inteligencia con un bostezo—. Te enseño cuanto he podido reunir sobre ese hombre muerto, es todo. La autopsia se llevará a cabo a primeras horas de la mañana, y seremos informados puntualmente de ello por el Departamento Forense de la ciudad. Yo te informaré a mi vez a ti, si esto te interesa.

—Me interesa porque ese hombre venía a verme a mí cuando murió, y tal vez lo hacía por encargo de un viejo amigo. Por otro lado, es posible que haya una persona en peligro en estos momentos.

—¿Leslie Lark, su hija?

—Sí, a ella me refiero. Si podemos evitar que le ocurra algo malo, tanto mejor.

—Sólo que no sabemos lo que quería de ti el profesor Lark. Si ella no sabe tampoco nada, habremos llegado a un callejón sin salida... al menos por el momento.

—Escuche, Sanders: si el profesor Lark venía a pedirme ayuda como miembro del Servicio de Inteligencia, eso podría significar que algo feo ocurre en Port Orange, y podría estar relacionado con asuntos de Seguridad Nacional.

—Es una posibilidad, sí —admitió Sanders, pensativo—. Pero no tenemos seguridad alguna al respecto...

—Desde luego. De momento, no tenemos la más mínima seguridad...

El teléfono de Sanders zumbó, encendiéndose una luz roja en el aparato. El jefe de Inteligencia descolgó. Le dijeron algo al otro lado de la línea. El rostro del importante funcionario reveló sorpresa y desconcierto. Dirigió una mirada a Jonnah, que éste no supo interpretar por el momento.

—Sí, entiendo —afirmó secamente—. Hizo muy bien en llamarme, senador. Mucho más de lo que usted supone. Uno de mis hombres le visitará ahora mismo en el Capitolio. Sí, creo que puede haber algo más de lo que parece, y tengo motivos para pensar así, senador. Mi subordinado será más explícito.

Colgó. Se quedó mirando a Jordan con expresión sombría. El joven enarcó las cejas.

—¿Ocurre algo más? —quiso saber.

—¿Si ocurre? Cielos, es como si algo empezara a hacer temblar los cimientos de Washington —refunfuñó Archie F. Sanders—. Un hombre que pretendía ver anoche al senador Angus Farrar en el Capitolio, con desusada urgencia, fue asesinado en la antesala por dos desconocidos que pudieron darse a la fuga, burlando la vigilancia policial en los jardines exteriores del recinto gubernativo.

—Angus Farrar... —repitió Jordan—. Usted le mencionó antes. Es senador por Florida...

—Y natural de Port Orange —confirmó su jefe con énfasis—. El visitante asesinado, al que mataron de dos disparos, ha sido identificado como Norman McLeod, alcalde actual de Port Orange, Florida...

Jonnah Jordan pestañeó. Luego, se encaminó con rapidez hacia la puerta del despacho.

—Supongo que ese subordinado de quien usted habló al senador, soy yo —dijo, sin volverse siquiera.

—¿Quién iba a ser, si no? —rió sordamente Sanders, a su espalda.

CAPÍTULO III

MONSTRUOS

—Debieron usar armas silenciosas —dijo el senador Farrar con desaliento, paseando nervioso por su despacho del Capitolio washingtoniano—. Y una habilidad endiablada, para burlar los sistemas de seguridad, entrar aquí y cometer ese audaz asesinato. Nadie, ni siquiera los ujieres, captaron sonido de detonación alguna.

—Es posible que se disfrazaran de algo para entrar aquí, con documentos falsos: operarios de teléfonos, del agua, el gas o cosa parecida. Luego, les bastaría con escabullirse por esos jardines. Aunque bien vigilados, ofrecen posibilidades de fuga, senador.

—Sí, eso es evidente. —Angus Farrar se volvió hacia él con expresión abatida—. Iba a recibirle, a pesar de tener exceso de trabajo anoche. El ujier estaba enfadado por su insistencia, pero yo comprendí que algo debía ocurrir para que el alcaide de mi ciudad natal viniera a tales horas a verme con esa urgencia. Y cuando el ujier fue en su busca, ya estaba muerto...

—¿Llevaba encima documentos que pudiesen dar una pista sobre el motivo de su visita al Capitolio?

—No, que yo sepa. La policía le encontró su documentación, un billete de ida y vuelta en avión Daytona Beach-Washington, D. C., algún dinero, un folleto ilustrado de los que se regalan en la entrada a los acuarios y terrarios de Marineland, en mi ciudad, así como un ejemplar de un pequeño semanario local editado allí, muy arrugado y manoseado, en un bolsillo de su gabardina.

—De modo que no ha llegado a tener la menor idea del motivo que impulsó al alcalde a venir hasta aquí...

—Ni el más mínimo.

—¿Sabe si él tiene familia en Port Orange?

—No conocía mucho a McLeod, la verdad. Cuando yo era allí concejal, él no había empezado su carrera política, pero creo que era un buen alcalde. De todos modos, puedo facilitarle esos datos inmediatamente, señor Jordan, si los desea.

—Se lo agradecería mucho, senador.

Farrar descolgó el teléfono y pidió línea directa con Port Orange, Florida. Cuando la hubo obtenido, pidió hablar con alguien llamado Carter, en las oficinas de Estadística Municipal de la ciudad.

Jordan le oyó tratar amigablemente con el tal Carter, a quien informó de la muerte del alcalde McLeod, pidiéndole toda clase de datos referentes a él. Tras una pausa, fue informado. Dio las gracias y colgó.

—Bien... —Se volvió hacia su visitante; entrelazando los dedos de sus manos sobre la mesa despacho—. Norman McLeod era viudo. Sin hijos. Tiene un primo llamado Elmer McLeod, de profesión pescador y socorrista. Trabaja para una empresa como submarinista u hombre-rana, desde hace un año. Esa empresa radica en Daytona Beach, a pocas millas de Port Orange, y se la conoce como la Sea Bottom Explorar Inc. Según mi amigo Carter, de Estadística, la firma comercial figura inscrita como «investigadora de recursos naturales energéticos y alimenticios del fondo marino». ¿Cree que todo eso tiene algún sentido, señor Jordan?

—De momento, ninguno —los ojos de Jonnah brillaron—. Pero existe una relación entre el alcalde McLeod, asesinado anoche aquí, el profesor Lark, asesinado anoche en mi casa, y el submarinista Elmer McLeod, empleado de una entidad investigadora marina.

—¿Qué relación es ésta? —Parpadeó Farrar.

—El mar, señor Farrar, el mar... El mar en Port Orange, para ser exactos... Me gustaría examinar ese folleto del acuario y ese semanario arrugado que hallaron en los bolsillos de su visitante...

—Los tiene la policía. No creo que se los nieguen, si ustedes se hacen cargo de este asunto... Yo puedo ayudarle, en todo caso. Tengo buena amistad con el jefe de policía.

—Si le necesito, senador, recurriré a usted, esté seguro de ello —sonrió vagamente Jonnah, estrechando la mano del político antes de abandonar el despacho.

Melba Leeds sirvió los martinis en la mesa. Luego, se encaminó a la cocina.

—Veré cómo sigue el asado —dijo—. No me gustaría que la primera vez que te invito a comer, el cordero resultase quemado.

Jonnah apenas si hizo caso de sus palabras. Sentado en un sofá, examinaba atentamente el arrugado periódico de sólo ocho páginas y el folleto a todo color del acuario de Port Orange.

—Aún le faltan unos minutos —informó Melba al regresar. Comprobó que él estaba absorto en la contemplación de aquellos papeles, tomó el martini de Jonnah y se lo puso en las manos. El sonrió.

—Gracias —dijo—. Te pareceré un tipo grosero. Estar aquí, a tu lado, en tu casa, y preocuparme más por unos papeles que por ti...

—No tienes que disculparte —negó ella—. Sé lo que es tu trabajo, Jonnah. Algo habrá de interesarte en eso para absorberte de tal modo.

—Eso es lo malo: que no encuentro nada realmente interesante en todo esto. El folleto es normal, carece de anotaciones, salvo una cuenta escrita en un margen, junto a una fotografía, y que nada puede significar, y una serie de artículos y gacetillas sobre asuntos marinos en el semanario de Port Orange. Desde una crónica sobre la ecología del mar, hasta un anuncio pagado de Marineland, anunciando sus atractivos, desde los delfines amaestrados a la presencia de una voraz tintorera cautiva en una balsa. Todo eso no dice nada ni me aclara nada. Tal vez McLeod sólo lo llevaba consigo para entretenerse en el viaje o para mostrárselo al senador Farrar.

Y apartó de mala gana ambos objetos, para saborear el martini. Chascó la lengua y aprobó:

—Es excelente, Melba. Te felicito. Haces unos combinados perfectos.

—Espera a felicitarme por la cocina —rió ella—. Es mi debilidad...

—El tipo que se case contigo, será feliz, estoy seguro.

La rubia Melba le contempló en silencio. Luego, movió la cabeza, mientras sus ojos azules brillaban y su boca carnosita dibujaba una sonrisa.

—Cuando ingresé en las oficinas de Información como programadora, soñaba con la idea de casarme un día con un agente especial —dijo.

—¿Y ya no albergas ese mismo propósito?

—Oh, no, en absoluto.

—¿Por qué motivo?

—Muy sencillo: he llegado a descubrir que ser agente especial no tiene el romanticismo heroico que imaginaba, y que la esposa de un agente se pasa la mayor parte de su vida sola en casa, mientras su marido recorre el mundo y, posiblemente, un día ni siquiera regrese, oscuramente asesinado en cualquier lugar del planeta, sin que su Gobierno haga siquiera de él un héroe nacional, porque la norma con los agentes de espionaje, contraespionaje o seguridad, consiste en ocultar siempre la relación de cada Gobierno con sus hombres. Y eso no tiene nada de bello ni poético. Es simplemente oscuro y sórdido.

—Después de decir eso, ya he perdido todas mis esperanzas de conquistarte —rió Jordan.

—Oh, no digas tonterías. Tú serías el único agente con quien me casaría, lo sabes muy bien. Pero tienes tantas chicas dispersas por ahí, que para ti sólo significa una compañía más, la de una buena compañera de trabajo.

Jordan iba a protestar vivamente de eso, cuando ella tomó el periódico de Port Orange, atraída por algo que sus ojos estaban viendo, y le oyó comentar:

—Vaya, ¿también en los periódicos tienen sus «serpientes de verano» particulares?

—¿Por qué dices eso? —Jonah bebió tranquilamente de su martini.

—Esta breve noticia... Habla de perlas gigantescas, grandes como pelotas de

ping-pong

... Y de cangrejos gigantes, capaces de triturar a un hombre...

—¿Eso dicen? —sonrió él, meneando la cabeza—. Qué tontería... Desde que el mundo es mundo, el mar ha sido siempre el origen de toda clase de monstruos desconocidos... En ese pueblo no iban a ser una excepción... Hummm, qué olorillo viene hasta aquí...

—Es el cordero —suspiró Melba. Creo que está en su punto...

Salió de la estancia para volver a la cocina. Distraídamente, Jordan tomó nuevamente el periódico, leyendo aquella noticia, perdida en última página, en un rincón poco llamativo. Según la misma, un pescador de Port Orange aseguraba haber visto ostras enormes en una zona marina próxima, y cuando intentó tomar una, un cangrejo de enormes proporciones le atacó. El marinero había sido internado en un hospital, con un profundo corte en una pierna que, según él, le causó el cangrejo gigante, casi mutilándole por completo. Pero la versión oficial, mucho más sensata, afirmaba que el pescador era dado a la bebida y había sufrido un accidente en una zona rocosa del litoral. Eso era todo.

Apartó el periódico con indiferencia. Melba salía ya de la cocina con su asado. Un aroma apetitoso y cautivador invadió la sala.

—A la mesa, Jonnah —invitó la rubia muchacha—. Llegó el momento...

En ese instante, sonó el teléfono del *living*. Ella depositó el asado en la mesa y fue a atender la llamada. Cuando regresó, Jordan se acomodaba, mirando el dorado y sabroso cordero en la fuente, rodeado de patatas y guisantes.

—Es para ti —dijo con decepción en su voz—. Muy urgente, Jonnah.

El arrugó el ceño. Se puso en pie, contrariado también.

—Tiene que serlo. Dejé tu teléfono, pero sólo para una emergencia —dijo, camino ya del *living* inmediato.

Cuando descolgó el aparato, identificó en el acto la voz de su jefe, Archie F. Sanders. Sonaba aguda, tensa, como llena de preocupación:

—Jonnah, perdona si te estropeo el día —comenzó—. Ha ocurrido algo increíble.

—¿Qué es ello, jefe? Iba a probar el mejor cordero asado de toda mi vida y...

—Tendrás que cambiar la carne por el pescado durante cierto tiempo. Sales inmediatamente para Florida.

—¿Inmediatamente?

—Eso es. Y cuando yo digo *inmediatamente*, es que ya tienes que estar virtualmente en camino.

—¿A Port Orange? —preguntó Jordan, sabiendo de antemano la

respuesta.

—Exacto. A Port Orange. Allí ha ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido, jefe?

—Una tintorera de Marineland ha escapado, devorando a seis personas y destruyendo la cisterna donde se hallaba recluida. Pero lo fantástico no es eso, Jonnah. Esa tintorera, cuando escapó... ¡había crecido al menos diez veces su tamaño, convirtiéndose en un escualo gigantesco!

* * *

—Un super-tiburón... Eso no es posible. Suena a truco publicitario de alguna productora de filmes catastrofistas...

—Pero no lo es. El escualo no era exactamente un tiburón en este caso, sino una tintorera de enormes dimensiones. Hasta ese momento, la tintorera, llamada familiarmente en Marineland por el nombre de «Mesalina», sin que nadie sepa a ciencia cierta por qué, era un escualo perfectamente normal, de dimensiones corrientes, ni demasiado voraz ni excesivamente dócil. Leslie Lark se ocupaba personalmente de su cuidado y alimentación, así como de los delfines amaestrados del delfinario inmediato. La tintorera, para escapar, se abrió paso por el delfinario y despedazó a dos de los delfines mortalmente.

—Entiendo —asintió sombríamente Jonnah Jordan, con la mirada perdida en el vacío—. Ha sido toda una masacre...

—Atroz. Peces valiosos masacrados, seis personas devoradas en parte o totalmente, y otras varias heridas en las escenas de pánico que la presencia del super-escualo produjo en los cercanos embarcaderos de recreo y en todo el litoral, entre los que practicaban deportes náuticos y los pescadores.

La explicación minuciosa y serena de Archie F. Sanders, mientras un automóvil lanzado a toda velocidad les conducía a través de la tarde lluviosa de Washington en dirección al aeropuerto, parecía aumentar el desconcierto de Jordan en vez de aclararle nada. Su mente era una total confusión de dudas, interrogantes y lagunas. Tratando de momento de apartarse del problema presentado por el monstruo marino, recordó algo que no se había apartado de su memoria en todo el tiempo.

—¿Qué resultado dio la autopsia del profesor Lark?

—Negativo —susurró su jefe amargamente—. La muerte se produjo por paro cardíaco y asfixia pulmonar. Pero nada reveló cuál podía ser el origen o causa de ello. No había residuos de nada tóxico en sus pulmones, ni de veneno alguno en sus vísceras.

—Tenemos tres misterios ya entre manos, todos ellos relacionados con Port Orange: un asesinato sin asesino ni arma homicida, un asesinato en el Capitolio por disparos hechos con silenciador, y un escualo que, súbitamente, se agiganta, huye y provoca una matanza. ¿Todo eso tiene algún sentido, jefe?

—Quisiera saberlo. Jonnah —meneó la cabeza Sanders con pesimismo—. Pero tengo tantos datos como tú mismo. Ha sido el propio director del acuario y centro marítimo de Port Orange, Neil Prescott, quien ha informado de los hechos urgentemente al saber por el senador Farrar lo sucedido aquí. Ah, por cierto, la hija del profesor Lark ya sabe lo sucedido. El propio Prescott le ha informado. Creo que son medio novios o algo parecido...

—Me alegra no tener que ser yo quien le dé la mala noticia. — Jonnah entornó los ojos y habló lentamente, mientras el coche enfilaba ya la carretera hacia el aeropuerto—. Ahora sé por qué el alcalde McLeod vino con tanta urgencia a Washington.

—¿Lo sabes, realmente? —Pestañeó su jefe.

—Lo llevaba en un periódico de la localidad. Un pescador, presuntamente ebrio o imaginativo, aseguraba haber visto ostras con perlas del tamaño de pelotas de *ping-pong*

. Y cangrejos capaces de partir una pierna a un ser humano sólo con su tenaza.

—¡Cielos! ¿Eso es cierto?

—El periódico semanal de Port Orange se burlaba de ello.

Pero ahora ya no me parece tan absurdo. Si una tintorera puede crecer diez veces y convertirse en un monstruo, esa mutación podría extenderse asimismo a otras criaturas marinas, incluidas las ostras.

—Pero... pero eso significaría un desastre sin precedentes, Jonnah. En película está bien que un guionista juegue con elementos así, pero en la vida real...

—El alcalde descubrió algo relacionado con esas mutaciones. A alguien no debía interesarle que lo difundiera, y menos aún

haciendo partícipe de su secreto al Gobierno, y recurrió al procedimiento más directo: el asesinato.

—¿Y el profesor Lark? —se interesó Sanders.

—Es otro misterio, pero forzosamente ha de existir un nexo con todo lo demás. Después de todo, él era oceanográfico y especialista en fauna marina. Trabajaba para Marineland con su hija.

—Pero no le mataron a tiros. Ni la visita del alcalde McLeod parecía tener nada que ver con la del profesor Lark, puesto que cada uno vino por un medio a Washington, como son el tren y el avión, e intentaron ver a personas muy distintas: McLeod al senador Farrar, y el profesor a ti.

—Lo sé, lo sé. No tengo aún idea de dónde está la conexión entre los tres asuntos, pero es posible que la clave esté en Florida, jefe.

—Pienso igual. Por eso vas allí ahora. Investiga todo lo ocurrido, pero no como un agente especial del Gobierno. Si acaso, preséntate como detective privado o cosa parecida.

—Lo haré, pero Leslie Lark puede que sepa quién es Jonnah Jordan.

—Cabe la posibilidad de que también lo sepan otras personas. Quizá los responsables de la muerte de Selwyn Lark... —sonrió sombríamente Jonnah—. E incluso podrían conocer mi físico, ya que sabían mis señas y siguieron a Lark hasta allí de la forma que fuese.

—¿Te preocupa la suerte que puedas correr allí? —rió su jefe.

—No —dijo Jonnah, sardónico—. Me siento tremendamente feliz de imaginarme en lucha con tiburones de treinta metros de longitud, con asesinos invencibles y con pistoleros capaces de entrar y salir del Capitolio como si tal cosa.

Ambos hombres rieron, si bien existía una sombra de preocupación en sus ojos, mientras veían aproximarse las cercas e instalaciones del aeropuerto washingtoniano donde esperaba el avión que había de llevar al agente especial «Galaxia» hasta un pequeño y tranquilo lugar de la costa de Florida llamado Port Orange.

Un pueblo costero que, de repente, había dejado de ser tranquilo y apacible, a juzgar por los acontecimientos que se precipitaban últimamente.

CAPÍTULO IV

PORT ORANGE

Era un lugar donde no parecía posible que pudiese ocurrir nunca nada.

Apacible, bordeando el mar, con una playa dorada, arrecifes para practicar el surf, embarcaderos deportivos, palmeras y pequeños hoteles al filo del mar, así como la estructura blanca y alegre de un moderno acuario oceanográfico, Marineland.

Jonah cubrió el trayecto desde Daytona Beach en automóvil alquilado en un centro de arrendamiento de vehículos, y se alojó en un bello hotel de jardines bellos y bien cuidados, con piscinas de cristalinas aguas azules, aparte su propia zona playera, entre arrecifes donde el oleaje se estrellaba/on suavidad ese día.

Ya estaba virtualmente encima la noche, y las luces de Port Orange brillaban bajo el cielo estrellado, tan diferente al nuboso y triste de Washington. Se inscribió con su nombre auténtico y, tras una breve indecisión, anotó como ciudad de procedencia Nueva York, y como profesión la de investigador privado. Acostumbraba a llevar un juego de documentos de identidad con las más diversas profesiones, y en esta ocasión, se quedó con la licencia de detective privado del estado de Nueva York, guardando el resto en un doble fondo de su maleta, virtualmente imposible de hallar a menos que destrozasen la totalidad de la valija. Su arma especial, que a simple vista podía parecer la de cualquier investigador particular, iba siempre con él en su axila.

Cenó en el restaurante del mismo hotel, al aire libre, recibiendo la brisa del mar y el aroma de la vegetación tropical que delimitaba

el hotel con la playa. Luego fue al bar a tomar una copa y fumar un cigarrillo. Los yates, frente al mirador, se alineaban en el vecino club náutico.

A su alrededor todo parecía tranquilo, pero había captado comentarios excitados entre camareros y huéspedes del establecimiento durante la cena. Las palabras «tintorera», «víctimas» y «terror», le habían llegado varias veces a los oídos.

El barman que le sirvió estaba escuchando un boletín por la radio. Al volver, le hizo un gesto.

—¿Sabe algo de ese tiburón gigante? —preguntó con el acento curioso de los forasteros que se interesan por un asunto local.

—Tintorera, señor —rectificó el otro con cierta sequedad—. No, no se sabe nada. Se perdió hacia alta mar. Los guardacostas patrullan en todo el litoral, por si dan con ella. Está prohibido salir de pesca ni con canoas a motor, así como practicar deportes náuticos.

—¿Cómo van los heridos?

—Se recuperan. Todos ellos fueron víctimas de la confusión. Si la tintorera les hubiese atacado, no tendrían remedio. Era un monstruo terrorífico. Como en esa película que...

—Sí, sí, ya sé cuál —suspiró Jordan—. Pero esto no es una película. ¿Cómo podría suceder algo así?

—No lo sé, señor. Aquí, ya son muchas las cosas que no se entienden...

—¿Qué cosas? —Miró Jonnah hacia las luces del embarcadero—. Todo parece muy tranquilo, como si nada sucediera...

—Ojalá fuera así —se lamentó el barman, meneando la cabeza—. Ya habrá visto el público que hay en el hotel. Se marchó casi todo el mundo al surgir la tintorera. Se la podía ver desde la playa perfectamente, tras atacar a una embarcación deportiva que volcó. Sus tres ocupantes se sumergieron, en medio de un torbellino. Luego brotó sangre, se oyeron gritos desgarradores al emerger las cabezas... y eso fue todo. Ya antes, otras tres personas, un visitante y dos empleados del acuario habían sido víctimas de la tintorera...

—Sí, comprendo. ¿No hay expertos investigando este suceso?

—Ha venido toda clase de gente especializada: oceanógrafos, ecologistas, tiradores especiales de alta precisión, personal de Marina experto en luchar contra escualos agresivos. Pero creo que

todos están tan desconcertados como el resto de la gente. ¿Usted también viene por todo eso?

—No, no —negó Jordan—. El motivo de mi viaje a esta ciudad es de otro tipo. Soy detective privado en Nueva York y un cliente tiene un asunto a resolver aquí, eso es todo.

—Detective privado... Lo que nos faltaba ya —suspiró el barman, alejándose.

—Perdone, señor. ¿Ha dicho usted que es detective privado?

Se volvió Jonnah hacia el que había hablado a sus espaldas. Se encontró con un hombre ancho, recio, de vigorosa contextura, ojos penetrantes y expresión hosca.

—Sí —afirmó Jonnah con una Sonrisa—. ¿No les gustan los detectives en Port Orange?

—No nos gusta lo que está ocurriendo estos días —replicó el otro—. ¿Qué clase de asunto le trae aquí, exactamente?

—Los asuntos de nuestra profesión son confidenciales, mientras no haya un motivo legal que nos obligue a revelarlo a las autoridades —replicó Jordan, algo seco.

—Yo soy la autoridad —le mostró una placa—. Scott Adams, jefe de policía de esta ciudad. Me gustaría saber lo que vino a hacer aquí.

—Pero yo no puedo decírselo, a menos que me obligue a ello.

—Podría obligarle, ciertamente. ¿No prefiere que seamos buenos amigos?

—¿Por qué no? Pero no creo que para ello sea obstáculo mantener mi secreto profesional para con mi cliente.

—Puede ser un obstáculo —le estudió fríamente—. De momento no insistiré en mi petición, pero si comete algún error en mi jurisdicción, recuerde que aquí no tiene usted ninguna posible influencia que le ayude a salir de apuros. Ya está advertido, señor...

—Jordan. Jonnah Jordan, de Nueva York.

—Bien, señor Jordan. No olvide mis palabras. La sensibilidad en nuestra población está a flor de piel a raíz de ciertos sucesos desagradables ocurridos recientemente.

—No creo que mis asuntos profesionales tengan gran cosa que ver con una tintorera gigante —rió Jordan en tono festivo.

La forma de mirarle de Scott Adams, el rudo jefe de policía local, tuvo mucho de agresiva cuando se volvió para contestarle:

—No se trata sólo de tintoreras gigantes, señor Jordan. En un solo día, hemos perdido a un conocido científico local y al alcalde. Ambos murieron en extrañas circunstancias en Washington. Ahora, sólo nos faltaba el asunto de ese escualo y el terror que provocó súbitamente en nuestra comunidad, para terminar de provocar una inquietud latente en nuestros ciudadanos.

Se dirigió a la salida del bar sin añadir más. Estaba ya cerca de la gran vidriera tras la cual se veían las luces de los yates en el embarcadero, cuando un repentino alarido lejano casi erizó los cabellos de Jordan, tal fue la nota de agudo pavor y angustia que captó en esa voz humana.

—¿Qué mil diablos ocurre ahora? —bramó el jefe de policía Adams, precipitándose hacia la salida—. ¡Ha sonado en el club náutico!

No fue solamente un grito. Muchos más se unieron, con la misma nota vibrante estremecida de horror, a la que sonara primero. Luego, se vio gente correr, oscilando algunas luces en un punto del club de recreo marítimo, y justo cuando Jordan se precipitaba desde el mostrador hacia la puerta, siguiendo al jefe de policía, una de las voces llegó nítida, clamando en la noche con un terrible acento de pánico:

—¡Mirad, allí! ¡Son dos tiburones gigantes! ¡Están destrozando a esa mujer...!

* * *

El yate oscilaba violentamente sobre las aguas del embarcadero. Éstas, al salpicar el casco de la ligera embarcación de recreo y el pasillo donde amarraban los barcos, tenían un fuerte tinte escarlata que causaba horror.

Y allí, entre el agua sanguinolenta, burbujeante, emergían, agitándose en un esfuerzo tan desesperado como inútil, dos cuerpos de mujer. Bajo las aguas, algo se movía con violencia, y era casi audible, entre el hervor de la superficie marina y los alaridos estremecedores de las víctimas, el crujido áspero, escalofriante, de los incisivos de los escualos sobre la carne y huesos de su doble presa.

También los agresores eran dos. Con la sangre congelada en sus

venas, Jonnah Jordan contempló la escena, viendo emerger de las aguas las aletas, afiladas como cuchillas, cortando vertiginosamente la superficie enrojecida del mar.

Proyectores de otros barcos allí anclados se encendieron, iluminando crudamente la escena. Hombres con rifles potentes, de mira telescópica, corrían ya hacia la zona del desastre, y el jefe de policía Scott Adams hacía sonar estridentemente un silbato, al tiempo que empuñaba de forma inútil un 38 reglamentario, cuyas balas difícilmente podrían causar gran daño a escualos de semejante tamaño. Por lo que podía ver y lo que era fácil adivinar bajo la superficie de las aguas sangrantes, aquellos monstruos marinos eran de unas dimensiones aterradoras. Casi tan grandes como cachalotes, pero con la ferocidad centuplicada de su especie, y una rapidez de movimientos impresionante.

Jonnah corrió por entre las embarcaciones, adelantándose al propio jefe Adams y a otros que acudían en auxilio de las infortunadas mujeres. Por el camino, oyó comentar a alguien, con voz temblorosa:

—Yo vi cómo sucedía todo... Las chicas estaban riendo, asomadas a la borda de su yate... De repente, éste osciló, ellas cayeron, y...

Jordan no oyó más. Ni hacía falta. Era fácil imaginar el resto. La penetración de los dos super-tiburones en la zona deportiva del club náutico había iniciado una tragedia que podía continuar o repetirse indefinidamente.

Llegó frente al lugar del drama, allí donde el agua bullía con los coletazos de los dos escualos y las sacudidas espasmódicas de las mujeres que se desangraban. Jonnah descubrió fugazmente unas fauces terribles, y luego una aleta grande y triangular, más próxima a otro bulto oscuro que se agitaba entre dos aguas, ensañándose con su víctima.

Extrajo su arma y le hizo un ajuste rápido en la culata. Ello la convertía en una potente lanzadora de cargas explosivas de gran potencia y concentración, auténticas balas

«dum-dum

» pero de tremendos efectos explosivos, una vez clavada en un blanco.

Disparó dos veces sobre los escualos. Su puntería era mortífera.

Supo que había alcanzado al más cercano.

De repente, tras el seco ladrido repetido de su arma, algo sonó, sordo y violento, bajo las aguas. Éstas se removieron tumultuosamente, sacudidas por las convulsiones de uno de los super-escualos.

Jonnah había atinado en su disparo. Rápidamente, hizo fuego dos veces más. Las balas especiales de su cargador explosivo hicieron blanco de nuevo, y una nueva sacudida reveló la convulsión del animal herido, que rápidamente se alejó, cortando su aleta las aguas rojas. El otro, tal vez por inercia, o asustado por la proximidad de los disparos, siguió a su compañero. La sangre subía ahora masivamente a la superficie, pero ya no era sangre humana, sino de tiburón.

Los tiradores especializados hacían fuego rabiosamente desde diversos puntos, convirtiendo el agua en una criba. Los restos femeninos, atrozmente desfigurados, emergieron lentamente, entre burbujas sanguinolentas.

—¡Los tiburones huyen! —voceó alguien—. ¡Y uno de ellos va muy herido! ¡Es como si le hubiesen alcanzado con una pieza de artillería, dado su volumen! ¡Eso no pudieron hacerlo nuestros disparos!

Jonnah guardó su arma, tras reajustarla a disparos normales. Aquella poderosa automática, obra especial de los laboratorios de armamento del Servicio de Inteligencia, poseía muchas sorpresas capaces de deslumbrar a quienes ignoraban sus propiedades. Pero no tenían por qué saberlo en Port Orange.

Se apartó, todavía impresionado por la tragedia, contemplando en la distancia la estela de sangre que dejaba tras de sí el super-tiburón herido. Desde el mismo embarcadero, un agente de la policía local, armado de riñe, estaba radiotelefoneando a los servicios de guardacostas para la captura o destrucción final del escualo herido y de su compañero.

Jonnah ya nada tenía que hacer allí. Se retiró prudentemente, eludiendo encontrarse de nuevo con el jefe de policía Scott Adams, que tal vez le hiciera preguntas inoportunas sobre los misteriosos proyectiles capaces de producir tal daño a unos tiburones diez veces mayores de lo normal.

Pero ahora, Jordan sabía algo más: no era un caso aislado el de

la tintorera evadida del acuario. Había otros monstruos marinos. Tiburones gigantes, en primer lugar, dada su peligrosidad para los humanos. Y después otras cosas, mencionadas ya por un marinero al que todos consideraban ebrio o chiflado: ostras gigantes, enormes cangrejos, capaces de mutilar una pierna con sus pinzas de un solo golpe...

¿Por qué estaba sucediendo todo eso en Port Orange y sus alrededores?

* * *

—¿Por qué? —Leslie Lark, pálida, vestida de gris oscuro, contempló a Jonnah Jordan estrujándose nerviosamente las manos. Sus ojos pardos aparecían ensombrecidos, y las luces del acuario daban a sus cabellos un resplandor cárdeno—. Me gustaría saberlo también a mí, señor Jordan.

—Creí que usted sabría algo, señorita Lark —insinuó Jonnah, mirándola fijamente.

—Pues no, no lo sé. Sin embargo, fui la primera en advertirlo.

—¿En advertir qué?

—Que algo ocurría en las profundidades marinas, en las inmediaciones de Port Orange. Y se lo informé a mi padre.

—Dígame cómo se pudo enterar de tal cosa. ¿Usted buceó acaso?

—Me gusta bucear, sí. Pero la primera noticia la tuve por Yanaka.

—¿Tanaka?

—Es un joven japonés que trabaja para la Atlantic Pearl Inc., una pequeña empresa dedicada a buscar perlas en las aguas del Atlántico. Tienen un barco-estación, el *Neptuno*, anclado frente a Port Orange, y desde allí hacen inmersiones en busca de ostras perlíferas. Lo cierto es que han encontrado algunas, pero lo más fantástico les ocurrió cuando Tanaka dijo haber visto una ostra gigantesca, al menos de medio metro de diámetro, entreabierta, y mostrando en su interior una perla enorme, como nunca antes viera él ninguna. Pero no pudo conseguirla, porque fue atacado por unos peces también gigantes, que le obligaron a salir de esta zona.

—¿Y dónde está exactamente dicha zona, señorita Lark?

—Según Tanaka, entre Port Orange y New Smyrna-Beach, allá donde los arrecifes forman el cerco natural de Laguna Mosquito.

—¿Sólo ese joven Tanaka vio tales fenómenos?

—Inicialmente, sí. Tanaka y yo somos buenos amigos. Un día, le acompañé en una inmersión a cosa de una milla de Laguna Mosquito. No encontramos nada, ésa es la verdad, y empecé a dudar de la palabra de ese muchacho, pensando que alguna alucinación, provocada por las profundidades, le había hecho ver lo que no era. Y entonces, estando sola en los arrecifes un día, buscando cierta clase de moluscos para nuestro vivero, vi algo.

Jordan la contempló, interesado. La joven paseó por la sala repleta de vidrieras iluminadas, conteniendo ejemplares singulares de la fauna marina de la región.

—¿Qué es lo que vio?

—Una sombra enorme, moviéndose cerca de mí en las profundidades. Por un momento, estuve segura de que me había vuelto loca, porque se trataba, a juicio mío, de un calamar. Pero un calamar de una especie pequeña, muy frecuente en estas aguas. Aquel calamar, sin embargo, tenía un volumen diez o doce veces mayor, hasta el punto de constituir una seria amenaza para mí. Realmente asustada, comprobé que no era ninguna imaginación mía, que el calamar era casi tan grande como yo, y que sus tentáculos significaban un peligro cierto, porque me había visto y venía a atacarme. Por fortuna, logré elevarme con rapidez y salir a los arrecifes. Aún tuve tiempo de ver sus tentáculos emergiendo y adhiriéndose a las rocas, en busca mía. No llevo nunca fusil submarino, por ello no pude dispararle. Pero lentamente, terminó por regresar al lecho marino, dejándome allí, trémula y horrorizada.

—¿Informó de ello a su padre?

—Sí. Se mostró muy preocupado y tuvo una conferencia con Neil... Neil es el director de este establecimiento, Neil Prescott, un buen amigo.

—¿De qué hablaron? ¿Del calamar gigante y de la perla de Tanatea, quizá?

—Supongo que sí. Mi padre nada me dijo, pero tras esa conferencia privada, salió con una embarcación hacia Daytona Beach, estuvo ausente un día, y regresó algo cambiado, como si alguna cosa le preocupara profundamente. Le pregunté eh varias

ocasiones qué le sucedía, y no me dijo nada concreto. Pero terminó confesándome que iba a visitar a un viejo amigo a Washington... por un asunto sumamente grave.

—Y yo era ese viejo amigo... —suspiró Jonnah lentamente.

—No me dijo su nombre ni por qué iba a verle. —Leslie le miró angustiada—. Pobre papá... ¿Qué pudo sucederle para... para morir de ese modo?

—Yo se lo diré. Su padre descubrió algo en Daytona Beach. Algo, relacionado con esos monstruos marinos, sin duda alguna. Y entonces resolvieron deshacerse de él, antes de que pudiese hablar conmigo, eso es todo.

—Pero... pero ¿cómo pudieron matarle? Usted me ha dicho que...

—Señorita Lark, esperaba que usted supiera qué significa el término «horror invisible» —dijo Jordan muy serio.

—¿Yo? —Los ojos de ella se abrieron, revelando gran asombro—. *¿Horror invisible?* No tengo la menor idea. Es la primera vez que lo oigo.

—¿Cabe la posibilidad de que su padre hablase de ello con Neil Prescott?

—Sí, pero no me ha mencionado nunca nada.

—Me gustaría, de todos modos, hablar con el señor Prescott.

—Nada más fácil —dijo la voz a sus espaldas—. Aquí tiene a Neil Prescott en persona.

Se volvió Jordan. Encontróse ante un hombre joven, alto y atlético; bien parecido y de risueños ojos grises destacando en su rostro viril. Sonreía ampliamente, aunque se le notó un gesto de precaución al mirar fugazmente a Leslie Lark.

—Bien, es un placer conocerle. —Jonnah tendió su mano a Prescott—. Jonnah Jordan de Washington. Agente especial del Gobierno, aunque aquí he dicho que soy investigador privado de Nueva York, señor Prescott. De momento, será mejor guardar el incógnito.

—Como guste —el joven estrechó cordialmente su mano—. ¿Se relaciona esta visita suya con... con la desgraciada muerte del profesor Lark?

—En efecto. Por ello estoy aquí.

—Hemos solicitado que el profesor sea trasladado a Port Orange

y enterrado aquí.

—Lo sé. El cadáver saldrá de Washington mañana mismo. Asistiré con ustedes a los funerales.

—Es muy amable —suspiró Leslie con amargura. Luego miró a Prescott—. Neil, el señor Jordan estuvo presente esta noche en el embarcadero tres del club náutico, cuando... cuando ocurrió la tragedia.

—Dios mío. —Prescott se pasó una mano por la boca—. Debió ser terrible, ¿no?

—Sí, lo fue —asintió sombrío Jonnah—. Lo más terrible que vi en mi vida. Ahora los guardacostas persiguen a un super-tiburón herido y otro quizá ileso. Pero al parecer, esto no es nuevo en Port Orange.

—No, no lo es. Sólo que hasta ahora, estas cosas eran dudosas. Lo peor ha empezado con el desastre del otro día. Y ahora, esto... Los demás animales marinos, aunque crezcan, pueden ser combatidos, pero los escualos feroces...

—Pero, señor Prescott, usted conoce la materia y sabe que los animales marinos no crecen porque sí de tal manera...

—No, claro que no. Está ocurriendo algo aquí. Algo espantoso.

—Pero ¿qué, exactamente?

—No lo sé —resopló Prescott—. Nadie lo sabe. El profesor Lark era un oceanográfico excepcional. Estaba intentando averiguar lo que ocurría.

—Y tal vez lo averiguó, señor Prescott —sentenció gravemente Jordan—. Y por eso le mataron.

—Suenan tan absurdo... Siempre se piensa en trastornos ecológicos, en una mutación de las especies, producida por una radiación nuclear o algo así, pero no en algo que movilice asesinos... ¿Quién podría tener interés en alterar lo establecido, precisamente aquí, en Port Orange, señor Jordan?

—No tengo respuesta a esa pregunta. Esperaba encontrarla aquí. Usted habló en privado con el profesor Lark, ¿no es cierto?

—Sí. Eso fue después de que Leslie... la señorita Lark... encontrase ese calamar gigante en los arrecifes.

—¿Y de qué hablaron, exactamente? Es muy importante que me diga cuáles eran las ideas del profesor Lark al respecto. Podrían constituir una pista, la única que nos condujese a los responsables

de su muerte y de este caso marino.

—Bueno, hablamos de... de lo sucedido. El profesor recordó que había otras referencias similares de pescadores y marineros a quienes no se les había hecho caso. Y también lo que un pescador de perlas, un japonés llamado Tanaka, revelara a Leslie. Estaba seguro de que algo sucedía, y ese algo tenía que ver con la mano del hombre en las profundidades marinas, ya fuese voluntario o sin intención.

—¿No concretó más?

—No. Discutimos la cuestión de las aguas residuales, e incluso recuerdo que el profesor llamó al Ayuntamiento local, para hacerle la pregunta al alcalde McLeod.

Jordan se irguió, vivamente interesado. Trató de puntualizar:

—¿El profesor Lark llamó al alcalde para preguntarle por las aguas residuales de Port Orange?

—Sí. Pero como ambos esperábamos, Norman McLeod nos dio toda clase de garantías de que el colector funciona perfectamente y no hay posibilidad alguna de contaminación en las aguas del litoral.

—¿Fue todo lo que habló el profesor con el alcalde?

—Virtualmente todo. El alcalde le preguntó algo sobre los motivos de su llamada, pero el profesor era muy severo y minucioso en sus estudios y no quiso comprometerse con sensacionalismos prematuros, limitándose a decir que habíamos notado en Marineland ciertas alteraciones submarinas, y estábamos investigándolo. Colgó luego. Y eso fue todo. Seguimos conversando. Recuerdo que mencionamos a la Atlantic Pearl Inc., que tiene anclado un barco-base en alta mar, desde donde se realizan los trabajos de búsqueda de perlas, pero es una embarcación moderna, y no parece probable que sus vertidos y residuos de combustible o de alimentos produzca mal alguno en las aguas.

—Pero el profesor Lark no fue a visitar ese barco perlífero, y sí en cambio se dirigió a Daytona Beach. ¿No es eso cierto, señor Prescott?

—En efecto. Hizo una visita de un día a Daytona Beach.

—¿Por qué?

—Sinceramente, no lo sé —confesó Prescott, extendiendo sus manos significativo.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que el profesor no consultó con usted

en ningún momento ese tema y no le confió los motivos que le guiaban para ir a Daytona Beach de repente?

—Así es. Ya le digo que era muy minucioso y reservado en tanto no poseía evidencias rotundas de algo. Creo que sugirió algo relacionado con una idea que se le había ocurrido y deseaba confirmar personalmente, pero no habló más, y yo sabía que era inútil preguntarle. Al regreso, tampoco dijo nada, pero venía preocupado. Yo le pregunté, y se limitó a decirme que, o estaba en un gran error, o algo mucho más grave de lo imaginado estaba a punto de suceder aquí. No añadió ni una sola palabra. Al día siguiente se ausentaba, dejándonos una nota en la que decía que iba a hacer una visita a un amigo de Washington, la capital federal. Luego... supimos lo sucedido.

—Bien, señor Prescott. Ha sido muy amable al contarme todo eso. —Jonnah ocultó del mejor modo posible su decepción—. ¿Alguno de ustedes sabe la existencia de algo en Daytona Beach que pueda tener una relación directa con Port Orange?

—Yo, la verdad, no —confesó Neil Prescott.

—Yo, sí —afirmó de repente Leslie—. Pero es una relación muy remota, señor Jordan.

Se volvió Jonnah hacia ella, vivamente interesado. Y demandó:

—Sea lo que sea, por favor..., dígamelo, señorita Lark.

—Bueno, allí se hallaba establecida la central de la compañía Sea Bottom Explorar Inc., Para la que trabaja Elmer McLeod, el primo del difunto alcalde.

—Un momento... —Los ojos de Jonnah brillaron—. Creo recordar ese nombre: Sea Bottom Explorar... ¿No se trata de una investigadora de recursos naturales energéticos y alimenticios del fondo del mar?

Cierto —pestañeó la joven, asombrada—. Lo sabe usted muy bien... Investigan el plancton y otras plantas marinas, para aplicarlas a la futura alimentación humana, y nuevas fuentes de energía que suplan al petróleo...

—Estúpido de mí... —Jonnah se golpeó la frente—. Si me lo habían dicho. Radica en Daytona Beach... Debí imaginarlo.

—¿Imaginar qué? —se extrañó Neil Prescott.

—Que eso es lo que llevó al profesor Lark a Daytona. Y si encontró algo allí... eso motivó su muerte. Creo que es el momento

de que yo también conozca la firma comercial que investiga las posibilidades marinas del futuro...

CAPÍTULO V

INVESTIGADORES DE LAS PROFUNDIDADES

—¿Jonah Jordan? —preguntó Elmer McLeod, mirando la tarjeta recién entregada—. ¿Y a qué debo el honor de su visita, señor Jordan?

Jonah estudió a su interlocutor. Elmer McLeod, primo del difunto alcalde de Port Orange, asesinado en el Capitolio de Washington, era el hombre adecuado para largas inmersiones en el mar. Vigoroso, delgado pero todo músculo, rápido de movimientos y con un poderoso tórax bajo su camiseta estampada con un motivo alusivo al surf y a las costas de Florida, seguramente soportaría más que muchos en el fondo marino, aun sin oxígeno en sus bombonas. Sus manos eran fuertes, anchas y largas. Tenía ojos claros, cabello rubio y facciones enérgicas. No tendría más de treinta y dos años.

—En primer lugar, deseo darle mi condolencia por la trágica muerte de su primo Norman. Después, hacerle unas preguntas sobre su trabajo en la Sea Bottom Explorar.

—Veo que aquí dice que es usted agente del Gobierno.

—Sí. Una especie de funcionario que hace tareas de rutina —mintió Jordan con un gesto ambiguo—. Naturalmente, ésta no es una encuesta oficial, ni mucho menos. Puede negarse a responderme.

—¿Por qué habría de hacerlo? —sonrió turbiamente el hombre-rana profesional—. Mi primo ha sido asesinado, y me gustaría ayudar al Gobierno a dar con los culpables.

—Ése es uno de los aspectos primordiales de la cuestión. Pero nosotros pensamos que, para dar con los culpables, antes

tendríamos que saber los motivos que guiaron a éstos a un crimen aparentemente tan estúpido, señor McLeod.

Elmer McLeod asintió, algo ceñudo, y paseó por la amplia sala donde se veía numerosos equipos de inmersión, fotografías marinas, ejemplares de estrellas marinas, una urna repleta de agua, con algas marinas en su superficie, y objetos heterogéneos de toda clase de actividades relacionadas con el mar.

—Mi impresión es que tuvo que haber un error en ese crimen —dijo al fin.

—¿Por qué cree eso?

—Porque no había motivo alguno para matar a un hombre como Norman.

—Usted sabría, imagino, los motivos de su repentino viaje a Washington.

—¿Yo? —Elmer enarcó las cejas. Negó lentamente—. No, no sabía nada.

—¿No se lo dijo él?

—No. Sus asuntos oficiales no acostumbraba a tratarlos más que en el Ayuntamiento.

—Pero él no iría cada poco tiempo a Washington, como costumbre o norma.

—Claro que no. Pero ni aun así me dijo nada. Recuerdo que me llamó para indicarme que estaría un par de días fuera de la población, pero eso fue todo.

—¿Le pareció preocupado cuando habló con usted por teléfono?

—Pues... la verdad, sí. —Elmer McLeod miró sorprendido a Jonnah Jordan—. Su voz sonaba rara. Le pregunté si le ocurría algo y me dijo que no. Que todo iba bien.

—¿Conocía él su trabajo con la empresa que busca energía y alimentos en el mar?

—Claro —la sorpresa apareció de nuevo en el rostro de Elmer—. ¿Por qué no habría de saberlo?

—¿Lo aprobaba?

—Sólo en cierto modo. Decía que el fondo del mar es peligroso. Pero yo nunca estuve de acuerdo con él en eso.

—Ahora sí es peligroso de veras —le recordó Jordan.

—Oh, ¿se refiere a esos monstruos marinos? —Elmer se encogió de hombros—. La verdad es que no sabemos lo que ocurre. El

Gobierno es muy prudente en ciertas cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Todos estamos seguros de que algún satélite suyo, o un fragmento de una cápsula espacial, habrá caído cerca, con alguna radiación o bacteria del espacio, provocando este desastre ecológico. Habrá una manifestación de protesta ciudadana mañana, para reclamar noticias del Gobierno, ¿no lo sabía?

—No, no lo sabía. —Jordan se mostró huraño—. Pero puedo garantizarle, señor McLeod, que el Gobierno no sabe nada de esto. Ni ha caído objeto espacial alguno en el Atlántico últimamente. Lo que sea el motivo de esa mutación está *aquí*, no en el cielo.

—Les va a costar convencer a la gente de eso.

—El Gobierno, señor McLeod, no tendría por qué asesinar a un científico y a un político, sólo por ocultar un suceso semejante, recuérdelo.

—¿Se refiere a que la muerte de mi primo Norman puede tener relación con lo que está sucediendo en el fondo de estas aguas? —Mostró Elmer su perpleja incredulidad.

—Podría suceder muy bien, sí. Y sólo lo de su primo, sino lo del profesor en oceanografía, Selwyn Lark.

—¿El investigador de Marineland?

—El mismo. También fue muerto por algo o alguien en Washington. Quizá haya diferentes culpables, pero una sola causa: esos animales marinos que crecen y destruyen, señor McLeod.

—Quisiera poder creerle, pero suena todo tan fantástico...

—Señor McLeod, ¿qué clase de trabajo hace usted para su empresa?

—El habitual: inmersiones prolongadas en busca de muestras determinadas de plancton, algas y otras destinadas a constituir la reserva de alimentos de la humanidad. Pero hacemos algo más: buscar nuevas¹ fuentes de alimentos naturales del mar, y también la posibilidad de fuentes minerales de energía en las profundidades.

—Una tarea encomiable. ¿Tienen evito?

—En eso no entro yo —sonrió Elmer—. Los laboratorios y centros de investigación de muestras se hallan en Daytona Beach.

—Debe ser una empresa muy importante...

—Mucho. Dispone de unas plantas investigadoras dispersas por el mundo: Europa, el Pacífico, el Sudeste Asiático... Incluso tenemos

sucursales instaladas en la Unión Soviética y en China, admitidas oficialmente por sus respectivos Gobiernos.

—Ya veo. —Jordan se frotó el mentón, pensativo—. Es una verdadera multinacional de las investigaciones marinas...

—Algo así. Un día esperan tener en sus manos toda la riqueza alimenticia y energética del mundo civilizado. Es una inversión a largo plazo.

—Y muy costosa.

—Cierto. Muy costosa. Pero el propietario de la entidad puede permitirse ese lujo, señor Jordan, créame.

—Ya. ¿Quién es su propietario, realmente?

—Un multimillonario que se preocupa por el futuro del mundo: Shelby Colfax, uno de los grandes magnates mundiales de la industria pesquera y conservera. Su gran preocupación es que al mundo no le falte un día ni el alimento marino, ni la energía suficiente para vivir dignamente.

—Shelby Colfax... —repitió Jordan en voz alta, impresionado—. El hombre más rico del mundo, posiblemente. No sabía que fuese tan altruista.

—Pues está mal informado, señor Jordan. También acaba de crear la Fundación Colfax para patrocinar la investigación biológica y zoológica de los mares.

—Un hombre obsesionado por el mar... —suspiró Jordan pensativo. Se incorporó—. Bien, señor McLeod, gracias por todo. Lamento haberle molestado con mis preguntas.

—No tiene importancia —sonrió el submarinista, estrechando con fuerza su mano—. Puede recurrir a mí para cuanto desee. Estaré a su disposición.

—Gracias. No lo olvidaré. Le deseo suerte en su búsqueda de futuros alimentos y productos energéticos... por el bien de todos —se despidió, con una sonrisa.

Al salir del edificio que se alzaba al borde de los arrecifes y arena de Port Orange, donde el primo del difunto alcalde tenía su vivienda, contempló el oleaje que rompía fuertemente con la barrera de arrecifes, y las gaviotas volando bajo, entre chillidos.

Allá, en la distancia, un barco flotaba a cosa de tres o cuatro millas de la costa. Por su emplazamiento, supuso que era el *Neptuno*, el buque-base de los buscadores de perlas.

El mar...

Era como una obsesión allí. Todos pensaban en el mar, vivían para él. Leslie Lark y su difunto padre; Neil Prescott, director del *Marineland*; Elmer McLeod... Y, sobre todos, un multimillonario famoso en todo el mundo, un magnate de la industria conservera, con flotas de pesqueros y congeladores, llamado Shelby Colfax...

Algo raro había en aquellas obsesiones marinas. Alguien había hecho de su aparente amor al mar, un motivo de terror, de sangre... y tal vez de algo más.

Tomó su coche, encaminándose velozmente hacia el centro urbano de Port Orange.

De repente, olfateó el peligro. Su instinto no le engañaba, una vez más.

Allá, ante él, en la carretera, surgió un automóvil que se cruzó en la desolada ruta costera. Tras él, simultáneamente, otro vehículo, un *jeep*, emergió de entre las palmeras y la vegetación de la cuneta.

En ambos coches vio gente armada de rifles y pistolas. Era una emboscada. Y le habían cogido en medio.

* * *

Mientras reducía su velocidad para no chocar con el coche cruzado ante él, examinó el número de enemigos con los que se enfrentaba. Eran exactamente cuatro. Todos ellos vestidos con trajes de goma negra, ceñidos a sus cuerpos, y casquetes de igual materia y color, ajustados a su cabeza. Gafas subacuáticas velaban sus rostros. Venían mojados, prueba evidente de que su procedencia era el mar. El mismo mar en el que poco antes estaba pensando él, como obsesivo *leit motiv* de todos aquellos hechos inexplicables y siniestros.

Pero aquellos individuos no llevaba fusibles o arpones submarinos, sino armas automáticas muy eficaces y sofisticadas. Dos hombres, los del *jeep*, esgrimían respectivamente pistolas silenciosas y rifle de gran potencia y alta precisión, ya que el primero necesitaba una mano para manejar el volante.

En el coche cruzado ante él, un turismo color verde intenso, otros dos hombres esgrimían sendos fusiles ametralladores de escaso volumen pero de gran capacidad de tiro.

Frente a todo eso, estaba él solo. Y su pistola automática especial.

Frenó en seco, dando luego un brusco giro al vehículo, que se empotró entre la vegetación hasta la mitad. Llovieron proyectiles sobre su carrocería. Jonnah sintió crepitar las balas, destrozando vidrios y agujereando el metal.

Pero él ya había logrado saltar por la portezuela, emboscado entre la vegetación de la cuneta, que hervía alrededor suyo, acribillada a balazos. Seguía siendo una difícil situación. Pulsó la culata de su arma, ajustando el disparador al cañón que proyectaba cargas llameantes. Luego, apuntó hacia el *jeep* y apretó el gatillo.

Un proyectil brotó de su arma, haciendo blanco en el depósito de gasolina del vehículo «todo terreno». Fue como si lanzase contra él una granada de mano. La bala chocó con el metal, lo perforó, y se inflamó en el mismo momento. El fuego alcanzó el combustible almacenado.

Convertido en una bola de fuego repentino, el *jeep* estalló violentamente, lanzando por los aires a sus dos ocupantes, que gritaron, despavoridos, viéndose envueltos en llamas. Les vio caer, calcinados, ardiendo la goma, horriblemente ennegrecidos sus brazos y rostro, mientras el material elástico se derretía dolorosamente sobre su candente piel.

Los ocupantes del otro coche, sorprendidos en el primer momento, se distanciaron entre sí, agazapados, centrando el tiroteo crepitante y furioso de sus fusiles ametralladores en la espesura tropical. Pero Jonnah, tendido cuan largo era, dejó que el enjambre de balas pasara zumbando sobre él, en furibundo alud. Dispuso su arma con un nuevo sistema de disparo, y tras el chasquido del mecanismo de funcionamiento, alzó la pistola, escudriñando a los que se movían lejos de él, pegados a las rocas del otro lado, junto a la franja arenosa, tal vez comprendiendo que su coche podía ser igualmente incendiado y esta protección les ayudaría a evitar la horrible suerte seguida por sus compinches del *jeep*.

El tableteo de los fusiles ametralladores persistía, espasmódico, haciendo algún breve alto entre ráfaga y ráfaga. Era obvio que no tenían problemas de munición, y querían evitar que él tuviese ocasión de disparar sobre ellos.

Jordan apretó los labios, reflexionando. Los tres sistemas de

balas que disparaba su arma, podían fallar ante el parapeto rocoso de sus enemigos. Ni las del tipo *dum-dum*

sofisticado, ni las incendiarias ni las normales de calibre 38 servirían de gran cosa sobre el muro rocoso.

Estaba pensando todavía en qué forma de atacar a aquella gente sería la mejor para salir del atolladero, cuando algo alteró totalmente la escena.

Inesperadamente, del lado de la playa llegó el agrio estampido de un arma de fuego. No hizo un solo disparo, sino una serie de ellos en ráfaga. Era evidente que también el nuevo tirador poseía una metralleta ligera y eficaz.

Las piedras saltaron en pedazos alrededor de los emboscados, que se apresuraron a salir de su refugio, convertido ahora en cepo, haciendo fuego contra la playa.

Jordan tuvo su oportunidad y la aprovechó. Alzó su pistola y comenzó a disparar balas explosivas. Alcanzó a uno de ellos en el pecho. Le vio saltar atrás, soltar su arma, y luego hubo como un fogonazo detrás de su indumentaria de negra goma, empezando a brotar humo y sangre. El hombre rodó por las piedras, quedando inmóvil. Nuevas balas zumbaron, procedentes de la playa, buscando al otro individuo.

Éste, sin esperar a más, saltó al automóvil cruzado en la ruta, lo maniobró veloz, haciendo disparos con una sola mano para cubrirse en su retirada, y el vehículo se alejó, entre una polvareda, a toda la velocidad de que era capaz.

Jonah Jordan respiró hondo, empezando a asomar, aunque tampoco se fiaba del otro tirador de la playa, por si era un posible enemigo suyo, pese a su actitud reciente.

Cuando la figura armada de fusil ametrallador ligero apareció en los riscos playeros, Jonah lanzó una imprecación de enorme sorpresa:

—¡Cielos! ¡Tú aquí! ¿Qué has venido a hacer a Florida, Melba Leeds?

Melba, su rubia compañera de Washington, se echó a reír agitando su arma, y respondiendo risueñamente:

—Según veo, sacarte de un buen atolladero, Jonah Jordan.

El *Neptuno* era un barco moderno, tan pequeño como un pesquero corriente, y dotado de excelentes equipos de inmersión y de inyección de oxígeno a submarinistas.

Mientras la canoa se acercaba al barco anclado en alta mar, y un rostro joven y oriental asomaba a la borda, mientras una mano se agitaba en saludo de bienvenida, Jonnah miró ceñudo a su rubia acompañarme, y expuso un comentario preocupado:

—No debiste venir, Melba. Como habrás visto, aquí hay muchos problemas...

—Me gustan los problemas —rió ella—. ¿No te gusta verme aquí?

—Claro que me gusta. Y no sólo porque me sacaras de apuros, sino porque es agradable ver a una chica como tú en cualquier parte del mundo.

—Muy amable. Sé que hubieras salido igualmente del lío por ti mismo, pero cuando advertí la explosión en el *jeep*, comprendí que eras tú el que estaba en problemas y usaba balas incendiarias especiales. De modo que salté de mi canoa y empecé a pegar tiros.

—Una maniobra arriesgada. Pero resultó —la estudió curiosamente—. ¿Por qué viniste?

—Tengo una semana de permiso. Quise aprovecharlo en un buen clima como el de Florida. La verdad es que quería ver cómo te iban las cosas. Estuve en el acuario y me dijeron que habías ido a ver a un tal Elmer McLeod, que tiene su casa justo al borde del mar, en esta zona. Tomé una canoa y me dirigí hacia aquí, armándome de este fusil por simple prevención. A mitad de camino te he encontrado. Puro azar, Jonnah.

—¿Sabe él jefe que viniste?

—Supongo que no. El departamento de electrónica no depende directamente de él. Ésta es una decisión estrictamente personal.

—Que pudo haber resultado trágica —señaló las aguas, que ya les separaban en muy breve distancia del casco del *Neptuno*—. ¿Sabes que estas aguas están infestadas de monstruos marinos?

—Estuve solo veinte minutos en Port Orange. Y en ese tiempo oí lo suficiente para saber que esto es una especie de infierno y que las serpientes de mar se quedan pequeñas al lado de lo que sale de esas

profundidades. Pero tú has tomado una embarcación para venir aquí lo bastante liviana como para que un super-tiburón la despedace. ¿No es eso también arriesgarse, Jonnah?

—El riesgo forma parte de mi profesión, pero no de la tuya, Melba.

—Tonterías —rió la joven, desperezándose, y dejando que el sol tropical acariciase sus bien formadas piernas hasta el mismo límite donde los muslos rozaban con sus agresivas nalgas—. Mira, nos están esperando, según parece.

—Sí. Ése es Tanaka, un joven japonés buceador experto en pescar perlas. Seguramente Leslie Lark le llamaría desde tierra informándole de mi presencia.

Les echaron la escala y subieron a bordo. El joven oriental que les recibía, alargó su mano cordialmente, con una sonrisa en su rostro agraciado. Era musculoso, esbelto y no muy alto.

—Bien venidos a bordo, señor Jordan —saludó—. Supongo que es usted quien me anunció la señorita Lark por radioteléfono...

—En efecto. Mi compañera es Melba Leeds, también del Servicio de Inteligencia.

—Y yo soy Tanaka, buceador y buscador de perlas —les saludó cordial—. Mis otros compañeros de tareas, Waldo Keller, capitán de este barco también, Lori Mason, experta en perlas.

Sorprendido, Jonnah saludó al hombre canoso y recio, de ropas azules de marino, y muy especialmente a Lori Mason. Era una muchacha morena, de unos treinta años, cabellos oscuros lisos, ojos color café y unas formas llamativas, que su indumentaria se encargaba de realzar. Breves pantalones amarillos, ceñidos a unos muslos bronceados y tersos, largas piernas, un trasero generoso y firme, y unos pechos realmente capaces de cortar el aliento, dibujándose desnudos, sin sujetador alguno, bajo su suéter también amarillo, muy apretado contra sus espléndidas formas pectorales.

—Es un placer conocerles —dijo Jordan pensativo—. ¿Ustedes forman la totalidad de la tripulación del *Neptuno*?

—Toda. Somos suficientes. Jeller cuida del oxígeno en las inmersiones que se hacen con tubo y de que los equipos estén en perfecto orden siempre. Lori es quien selecciona y cuida las perlas, y yo quien las busca, bien solo o en compañía de Lori. —Tanaka amplió su sonrisa y se achicaron sus almendrados ojos—. ¿Les

interesan nuestras perlas al Gobierno, tal vez?

—No, no. Sé que tienen permisos en regla para buscar ostras perlíferas, Tanaka. Lo que a nosotros nos interesa en estos momentos es otra ostra.

—Creo entenderle —el rostro del nipón se ensombreció—. Se refiere a los monstruos marinos, ¿no es cierto?

—Sí, exactamente. Tiburones, cangrejos, calamares... y hasta ostras gigantes. Eso es lo que nos interesa. Saber cómo sucedió, y tratar de evitar que siga sucediendo.

—No podemos ayudarles mucho. Sabemos tanto como ustedes mismos —suspiró Keller—. Aparecen y atacan, eso es todo.

—¿Creen que afecta a *toda* la fauna marina de la región?

—No, a toda no. Más bien diría que son determinados ejemplares, los que proceden de un determinado punto. Las corrientes pueden dispersar a esos peces en todas direcciones.

—Y también podrían dispersar lo que produce la mutación ¿no cree?

—Pues... desgraciadamente, sí —admitió Tanaka. Contempló la superficie marina con una mezcla de aprensión y dolor—. Sería monstruoso que algo... o alguien... tuviera la culpa, intencionadamente o por negligencia, de un desastre así. La ecología toda del océano podría verse afectada. Criaturas gigantescas, depredación de la fauna marina por los animales excesivamente desarrollados, matanzas, agresiones... y quizá una deformación futura en el crecimiento de las propias especies marinas. Pero todo eso, ¿por qué?

—Como usted ha dicho, Tanaka, tal vez por una trágica negligencia. O porque alguien está experimentando algo sumamente peligroso, no sé.

—No supondrá que nosotros tenemos culpa alguna en ello, ¿verdad? Ciertamente que llevamos aquí un tiempo buscando ostras perlíferas, pero no utilizamos ninguna materia nociva, ni productos químicos de especie alguna...

—No he imaginado ni por un momento que viniera de ustedes —negó Jordan vivamente. Miró a Tanaka, luego al capitán Keller y a Lori Mason, la morena de los senos exuberantes—. Lo único que busco al visitarles en su barco, es conocer su propio criterio sobre los fenómenos producidos.

—No tenemos formado un criterio claro —suspiró Lori, acercándose a Jonnah, mientras Melba miraba a la hermosa morena con cierto aire de femenina rivalidad—. Primero pensamos en un fallo en los colectores de Port Orange, pero nos han informado de que todo funciona perfectamente en ellos.

—Es cierto. Tienen a gala cuidar la limpieza del mar con todo esmero... —Jonnah meditó antes de hacer una nueva pregunta—: ¿Se han encontrado a veces, en sus inmersiones, con otros submarinistas ajenos a su tarea, pero que no practiquen la pesca submarina?

—En efecto —asintió Tanaka con viveza—. Nos hemos encontrado con submarinistas de otra empresa. Pero éstos no buscan perlas ni peces. Estudian el fondo marino en su flora.

—¿Se refiere a la Sea Bottom Explorer Inc.?

—Exacto, así creo que se llama. Es una gran empresa que se plantea las posibilidades de la futura alimentación y energía del hombre. Personalmente creo que es un gasto de miles de millones de dólares, con resultados a larguísimo plazo.

—Pienso lo mismo. Y es raro el financiero que arriesga sumas así para no llegar a ver siquiera los resultados. Tal vez ni sus propios hijos los conozcan. Para entonces, sin embargo, habrán consumido billones de dólares en la empresa.

—¿Por qué se preocupa de todo eso? —quiso saber Tanaka.

—Porque algo me dice que la Sea Bottom puede tener alguna relación con lo sucedido.

—No les he visto tampoco usar elementos nocivos. Sólo extraen muestras para investigar.

—Eso es lo que hacen los submarinistas a sueldo de la empresa, pero ¿qué se hace en los laboratorios y plantas de investigación de la entidad, como la que posee en Daytona Beach? He estudiado el curso de las corrientes en esta parte del litoral y, curiosamente, existe una fuerte corriente submarina que pasa por Daytona Beach, se prolonga a lo largo de la costa de Port Orange y va a fundirse con otra corriente en la entrada a la llamada Laguna Mosquito, ocho millas al sur de aquí. Y en Laguna Mosquito se han hallado ejemplares gigantes, que podrían desplazarse asimismo hasta Port Orange, atraídos por los residuos alimenticios de yates y embarcaciones de placer.

—Esa teoría no es ninguna bobada, señor Jordan —admitió Lori Mason pensativa—. Estaba tan cerca de Jonnah, que uno de sus erectos pechos presionaba el torso del joven agente federal—. Muy bien podría haber ocurrido, pero ¿cómo demostrar algo así frente a una poderosa multinacional? Ellos ocultarán su error cuidadosamente.

—Sí, eso imagino. Tanaka, ¿recuerda usted bien el emplazamiento y tamaño de la perla gigante que encontró en una de sus inmersiones?

—Sí, la recuerdo. Pero luego no he, podido dar de nuevo con ella. De todos modos, hay ostras gigantes en toda esa zona, aunque no son perlíferas. Es posible que otro buceador más afortunado se la haya podido llevar sin problemas.

—¿Conoce usted personalmente a Elmer McLeod?

—¿El submarinista? Desde luego. Hemos coincidido a veces en idénticas zonas de búsqueda. El trabaja para esa empresa investigadora, y obtiene muestras de plancton o de algas y otras plantas comestibles del mar. ¿Por qué lo dice?

—No, por nada. Esta mañana fui a verle. Al regreso de su casa, fui atacado por cuatro pistoleros que llegaron a esa zona buceando, con trajes de inmersión. Tres de ellos cayeron. El cuarto pudo huir. Ahora están sus cadáveres en poder de la policía de Port Orange, pero supongo que no sacarán mucho en limpio. Lo que me preocupa es que, apenas visité a Elmer McLeod, me ocurriera eso...

—Parece un buen chico.

—Sí, lo parece. Pero yo nunca me fío de las apariencias... Bien, creo que no les molestaré más, amigos. Feliz pesca de perlas. Y cuídense de los super-escualos.

—Gracias, Jordan. —Tanaka les acompañó hasta la escalera, aunque ofreciéndoles—: Si desean cenar con nosotros a bordo...

—No, gracias. Tengo demasiadas cosas que hacer. Y poco tiempo para todas ellas. Es posible que en otra ocasión pueda volver a bordo y disfrutar de su hospitalidad, amigos.

—Hágalo —le pidió Lori Mason, clavando sus oscuros ojos en él y humedeciendo sus labios de forma insinuante—. Nos gustará verle por aquí otra vez.

Jonnah y Melba volvieron a la canoa motora parada junto al *Neptuno*. Waldo Keller les avisó, asomándose a la borda:

—¡Tengan cuidado con los tiburones gigantes! Cuanto antes lleguen a tierra, mejor. Esa embarcación es muy frágil si se cruzasen desafortunadamente con uno de ellos...

—Descuide —sonrió Jordan—. Iremos muy deprisa, no lo dude.

Se alejaron a la mayor velocidad que podía desarrollar la canoa en dirección a la costa de Florida. Melba, sentada frente a Jonnah, hizo un agrio comentario:

—Esa chica es una buena golfa.

—¿Lori Mason? —rió Jordan—. Es bonita.

—Y provocativa. Seguro que ya te encandiló, ¿verdad? Los hombres, en cuanto veis un par de senos agresivos y unas nalgas exageradas, ya os volvéis locos...

Jonnah sonrió, sin decir nada. Sus ojos estaban fijos en el suave mecer de las aguas atlánticas, que la canoa motora rasgaba con su vertiginosa rapidez, hendiendo su proa la superficie azul, en un festón de espuma y agua pulverizada.

—Cada vez estoy más seguro de que al profesor Lark le mataron por algo que descubrió en Daytona Beach.

—¿Relacionado con esa empresa multinacional de búsqueda de alimentos y energía marítima?

—No hay duda de ello, Melba.

—¿Y el alcalde McLeod? Era él quien llevaba ese periódico con las noticias del pescador atacado por el cangrejo gigante...

—Tal vez el origen del crimen sea el mismo o parecido. Los métodos difieren mucho, y eso sí me intriga. En una ocasión, se utilizó un arma invisible e impalpable que aún ignoramos lo que pueda ser. En la otra, vulgares pistoleros. Como los que me atacaron hay a mí.

—¿Crees que quienes mataron al alcalde McLeod dispusieron también la emboscada contra ti, Jonnah?

—Eso ya no es tan seguro. A veces tengo la impresión de que hay más de un misterio en este lugar. Pero no logro concentrar mis sospechas en algo concreto.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Evidentemente, sólo me queda ya una cosa por hacer, Melba: ir a Daytona Beach.

—Puede ser muy peligroso...

—Todo aquí lo es. Recuerda que ahora mismo podríamos... —se

interrumpió, desorbitando sus ojos, fijos en un punto a espaldas de Melba, sobre la superficie marina—. ¡Dios mío, Melba! ¡Mira eso! ¡Estamos perdidos!

Ella se volvió vivamente. Palideció al descubrir el enorme triángulo afilado cortando la superficie de las aguas. Venía hacia ellos vertiginosamente. Un reguero de burbujas señalaba su implacable trayectoria.

¡Un super-escualo iba a atacarles de un momento a otro, y le bastaría un simple coletazo o un empujón de su maciza cabeza para volcar la canoa motora y devorar a los dos ocupantes de la misma!

CAPÍTULO VI

FRENTE AL DOBLE HORROR

El impacto fue devastador.

Jonnah Jordan hizo cuanto le era posible por evitarlo. Manióbró con rapidez y logró dar un brusco giro a la embarcación, intentando desesperadamente evitar el impacto con el monstruo marino que avanzaba entre dos aguas.

No lo logró. Notaron el violento choque, se alzó la lacha como si fuese un cascarón de nuez, y volcó en las aguas, mientras a su lado pasaba, sibilante, la aleta temible del escualo. A juzgar por su tamaño, el animal debía ser un coloso increíble.

Melba gritó, nadando a la desesperada, aunque bien sabía que no podía hacer nada por eludir lo irremediable. El gigantesco escualo se revolvía, a juzgar por el giro veloz de su aleta en la superficie marina. Jordan se lanzó como una flecha para cruzarse en la trayectoria del super-tiburón, entre éste y Melba.

—¡Estamos perdidos, Jonnah! —la oyó gemir a sus espaldas.

Jordan había sacado su única arma: la pistola de diversos proyectiles. Evitando que se pudiera mojar, accionó el resorte de la culata, situando en posición de disparo las cargas incendiarias.

Esperó a que el enorme escualo llegase a la altura de la canoa volcada y apuntó al depósito de combustible de la embarcación. Y disparó justo entonces.

Su bala, al dar en el depósito, inflamó éste. La carga llameante se activó. Y la canoa reventó, en medio de una tremenda llamarada, lanzando por doquier los fragmentos de la lancha. Pavesas ardientes llovieron sobre las aguas que, repentinamente cubiertas por la

gasolina derramada, ardieron en torno de ellos. El escualo se agitó rabiosamente en las aguas, emergiendo su terrible cabeza puntiaguda, de boca voraz, y agitando las aguas, repentinamente incendiadas. Jordan descubrió un enorme desgarró en la piel del animal, junto a su ojo derecho, provocado sin duda por la explosión. Sin vacilar, cambió vertiginosamente de proyectiles y disparó sin perder segundo tres cargas explosivas. Los proyectiles penetraron por las fauces temibles y gigantescas del escualo monstruo.

Cuando reventaron dentro, un bramido del animal acusó su tremendo dolor, y los coletazos se hicieron furibundos, mientras Melba y él nadaban ahora a la desesperada, lejos del animal.

Para alivio suyo, captaron el ruido de unos motores, y Jonnah, al girar la cabeza, sujetando con energía a su compañero, descubrió que el barco perliífero *Neptuno* venía hacia ellos a la máxima velocidad posible. Los rifles disparaban desde cubierta, acribillando la superficie marina junto al tiburón o hiriéndole aunque de modo superficial, casi inofensivo, dado su volumen y poder.

Pero las llamas y las balas explosivas habían logrado su objetivo. Malherido, vomitando sangre sus heridas y su boca, el escualo se volvió, alejándose bajo las aguas. La temible aleta triangular fue pronto un punto lejano en las aguas.

Jordan respiró con alivio, manteniéndose a flote, con Melba junto a sí. Miró al *Neptuno*, desde donde la voz de Keller les avisó:

—¡Tranquilícense, amigos! ¡Les enviamos enseguida una lancha! Y por Dios que nunca creí que pudieran salir vivos ante ese maldito horror...

—Ni yo, capitán, ni yo... —jadeó Jonnah Jordan, casi desfallecido, aferrándose a un flotante trozo su canoa destrozada, a la espera de la lancha salvadora. Miró a Melba y tuvo ánimos para sonreírle, diciendo entre dientes—: No te cases nunca con un agente del Gobierno. Ya ves que es una vida muy dura la nuestra...

* * *

Daytona Beach.

Ya estaba allí. Era el último intento por llegar a la oscura verdad de los sucesos misteriosos y fantásticos de Port Orange y también de

Washington, D. C.

Era realmente una edificación asombrosa, para algo tan problemático y remoto como extraer y comercializar a escala mundial las futuras reservas de alimentación y de energía que la humanidad iba a necesitar alguna vez. Asombrosa y cara. Carísima, se dijo a sí mismo Jonnah Jordan cuando contempló, absorto, la enorme mole de cuatro plantas, blanca y funcional, rodeada de palmeras, bien cuidados setos y frondosa vegetación tropical, al filo mismo de las aguas que rompían en los arrecifes de Daytona Beach, a cosa de una milla escasa de la población propiamente dicha, en dirección inversa a Port Orange. Es decir, hacia el norte de la costa de Florida.

Se mantenía el equilibrio arquitectónico del litoral turístico, sin romper sus normas regulares, entre modernas y rústicas, muy en la línea tropical. Pero sus grandes vidrieras, sus pilares blancos emergiendo de las aguas, sus dimensiones y sus amplios embarcaderos provistos solamente de veleros livianos de la clase Dragón en su mayoría, o de canoas con remos, como evidencia de que ellos no podían contaminar con carburantes, motores ni desperdicios aceitosos el fondo marino, hablaban sin palabras de dinero. De una ingente cantidad de dinero.

Y aquello, según informes obtenidos en el City Hall de Daytona Beach y también en su Cámara de Industria, era solamente una planta-experimental, provista de laboratorios y departamentos de investigación, dependiendo de las grandes centrales de la Sea Bottom Explorar Inc., o simplemente la SBEI, como se la llamaba popularmente en Daytona.

La SBEI tenía sus grandes centrales de investigación submarina en Río de Janeiro, Islandia, Odessa, Hong Kong y Melbourne.

Curioso, pensó Jordan al saberlo. Casi un perfecto cinturón, abarcando el mundo de un extremo a otro, en sentido de longitud o de latitud, especialmente si se contemplan las otras sucursales de sitios como Karachi, Alejandría, Shanghai o ésta de Florida. Una rara sensación de desasosiego le invadió cuando pensó en ello, sin saber exactamente la razón. Pero recordó algo significativo, que muchos habían ya olvidado: él profesor Selwyn Lark había visitado Daytona Beach, seguramente en busca de lo mismo que él andaba husmeando. Y había ido a verle a él, a un agente especial del

Gobierno, siendo misteriosamente asesinado por un enemigo y un arma invisibles, justo ante la puerta de su vivienda.

¿Tenía eso alguna relación con su repentina impresión de que algo en todo ello andaba mal y ocultaba un siniestro significado que no atinaba a concretar? ¿Por qué el profesor Lark buscó *precisamente* a un hombre encargado de la Seguridad Nacional, tras su rápida visita a Daytona Beach?

Tal vez allí, en aquel edificio blanco, aséptico y majestuoso donde entraba ahora, virtualmente adentrado en las aguas del Atlántico, sobre arrecifes, arenas y costa, podía estar la respuesta.

Una respuesta que conducía a la muerte.

* * *

—Soy Jasmine Odair, señor Jordan. Directora de la Planta de Experimentación 02 de la Sea Bottom Explorer Inc., a la que, como todo el mundo aquí, podemos llamar simplemente SBEI, para que no resulte tan fatigoso —sonrió la mujer de exóticas facciones, cabello negro, ojos almendrados, boca suavemente carnosa, facciones bellísimas, con de figura de porcelana, y cuerpo escultural enfundado en una prenda de corte oriental, en colores púrpura y oro, con una larga abertura lateral que llegaba hasta el fin de su bien torneado muslo.

—Jasmine... —repitió lentamente Jordan, sonriendo ante la sorprendente empleada de la empresa de investigaciones marinas—. Hermoso nombre para una hermosa mujer...

—Es muy amable, señor Jordan —los labios gordezuelos sonrieron dulcemente, como solo podía hacerlo una mujer de sangre oriental, inclinándose suavemente ante él—. Pero supongo que no habrá venido a decir cumplidos a las mujeres que encuentre en su camino.

—No son cumplidos en este caso. Pero tiene razón. He venido a averiguar algunas cosas relacionadas con su trabajo y con esta planta de investigación marítima.

—Estoy a su disposición para cuanto guste —suspiró ella risueña—. Adelante con sus preguntas, señor Jordan. Veo por su tarjeta y su credencial que es agente del Gobierno de los Estados Unidos. Tiene perfecto derecho a saber lo que sea sobre nuestra labor

científica y técnica en bien del futuro de la humanidad.

—Gracias por su comprensión, señorita Odair. Seré muy breve.

—Puede llamarme Jasmine. Me gusta mi nombre, igual que a usted —volvió a sonreír ella, melosa—. ¿Qué es lo primero que le interesa saber?

—Si tienen éxito en su búsqueda de esas fuentes alimenticias y energéticas.

Ella enarcó las cejas. Pareció reflexionar sobre su amplia pregunta, y por fin se puso en pie, taconeando hacia la salida. Jordan pudo admirar sus largas y bellas piernas, suavemente aceitunadas, de una piel tersa, como seda o terciopelo.

—Sígame, por favor —le pidió—. Creo que la mejor respuesta es ver las cosas por sí mismo...

Jordan la siguió. Había actuado intencionadamente de forma directa. Pudo haberse presentado allí con falsa identidad, como hiciera con el jefe de policía Adams, de Port Orange. Pero quería coger al toro por los cuernos, lo mejor era mostrar sus cartas abiertamente. Como si estuviera muy seguro de sí. O como si no pensara en temer nada de ellos.

Jasmine le condujo a un ascensor que descendió con rapidez a alguna parte. Cuando se abrieron las puertas, Jordan quedóse maravillado. Estaba en un corredor acristalado, virtualmente un tubo de vidrio o plástico blindado, alrededor del cual todo era azul brillante. Estaba en el mismo fondo del mar, bajo la estructura del edificio de la SBEI. Peces de mil colores surcaban las aguas, entre arrecifes, corales y brotes de plancton. Luces especiales, de una tonalidad azul verdosa, daban al fondo marino, próximo a la orilla, un aire fantasmagórico y bellissimo, digno de un cuento de hadas o de una novela de Julio Verne.

—Véalo por sí mismo —habló Jasmine, caminando delante de él—. Estas instalaciones cuestan verdaderas fortunas. Pero desde ellas, observamos el crecimiento paulatino de las algas marinas, el plancton y otras plantas comestibles para el hombre, y susceptibles, incluso, de transformarse en una diversidad de alimentos y sabores. De igual modo, nos interesa multiplicar el número de peces para compensar su exterminio a manos de contaminaciones, pescadores desaprensivos y otros enemigos de su reproducción, pero siempre conservando el proceso ecológico natural, el perfecto equilibrio de

la naturaleza.

—De modo que esa gran cantidad de algas, de plancton...

—Vea unos gráficos de hace un año, señor Jordan. —Jasmine pulsó un botón, y ante ellos, en uno de los pocos paneles no acristalados que formaban el largo túnel transparente, apareció una proyección de diapositivas fechadas progresivamente. La primera acusaba una ausencia casi total de plantas marinas. En las siguientes, esas plantas aumentaban de modo paulatino, hasta coincidir exactamente con su actual exuberancia.

Jasmine apagó la pantalla plástica, una vez terminada la exhibición de imágenes en color. Sonreía triunfalmente. Sus rasgados ojos brillaban.

—¿Se da cuenta ahora? En pocos años, el futuro de la humanidad estará asegurado.

—Pero utilizarán medios químicos para ello —observó Jonnah, pensativo—. Quiero decir que harán injertos, cruces, pero fortaleciéndolos con sustancias de laboratorio, sin duda alguna.

—Sin duda —rió ella dulcemente—. Pero eso es secreto de nuestros químicos.

—No le pido que me revele esos secretos, sino que me responde a esto: ¿no podrían esas sustancias químicas alterar hasta tal punto los organismos piscícolas, que hicieran a éstos multiplicarse o crecer desmesuradamente, cambiando *número* por *volumen*, y creando así criaturas marinas de gran tamaño?

Jasmine Odair le contemplaba con fijeza. Se mostró algo fría al replicar:

—Veo adónde va a parar, señor Jordan. Pretende culparnos de los sucesos de estos últimos días: escualos y calamares gigantes y todo eso, ¿no es cierto?

—Es una posibilidad, no una certeza. Sus experimentos han coincidido con...

—Escuche, señor Jordan —ahora sí se mostró incluso dura al cortarle—. Nosotros somos los primeros perjudicados en nuestros experimentos, a causa de esos monstruos marinos que han surgido últimamente. Nuestros expertos andan como locos, y nuestros biólogos buscan una explicación al fenómeno, al tiempo que temen por la voracidad de tales gigantes, que darían al traste con todo nuestro programa. ¿Cómo supone que vamos a contaminar nosotros

misimos nuestros lugares de experimentación con un producto capaz de causar una mutación biológica en la fauna marina?

—No sugería ni remotamente una intencionalidad, Jasmine... sino un *accidente*. Eso cabe en lo posible. El error de un químico, una reacción imprevisible...

—Aquí se prevé *todo*, antes de arriesgarse en un experimento. — Jasmine dio media vuelta, iniciando el regreso hacia el ascensor—. ¿Vamos, señor Jordan? Aquí ya lo hemos visto todo. Si quiere visitar la planta de laboratorios y hablar con los químicos, puede hacerlo. Estamos tan irritados y preocupados como el propio Gobierno y los habitantes de estas regiones por lo que sucede en el fondo del mar.

Jordan la siguió en silencio. Parecía sincera. Pero no podía fiarse de la fría ira de Jasmine Odair. Porque de otro modo, ¿qué motivo existió para matar al profesor Lark?

—Creo que visitaré los laboratorios, si no hay inconveniente — dijo al fin, ya dentro del ascensor.

—Ninguno, señor Jordan —la respuesta de ella fue seca—. Hágalo. Le esperaré en mi despacho para despedirle apenas termine su visita a nuestra planta experimental.

Su hostilidad era evidente. Parecía muy molesta por aquella acusación. Jordan se dispuso a visitar los laboratorios. Pero antes, disparó una andanada súbita:

—Perdone, Jasmine. ¿Conoció usted al profesor Selwyn Lark?

Ella no pestañeó siquiera. Jordan la observaba atentamente. Ni un músculo se alteró en el rostro de porcelana. Los ojos almendrados tuvieron, sin embargo, un súbito destello. Luego, se ensombrecieron.

E, inesperadamente, afirmó con su cabeza de lacados cabellos.

—Sí —dijo—. Le conocía. Estaba muy preocupado por lo de los monstruos marinos. Nos visitó un día y estuvo hablando de ello conmigo y con el señor Bentley, nuestro jefe del Departamento Químico. Naturalmente, no pudimos ayudarle. Pero estuvo seguro de que sus sospechas eran falsas, y se fue muy convencido. Sabía que nosotros *no* contaminamos las aguas ni hemos provocado el crecimiento de las especies marinas. Es más: cuando se fue de aquí, *parecía* saber lo que lo provocaba. ¿Algo más, señor Jordan?

—No, Jasmine, gracias. —Jonah ocultó como pudo su sorpresa.

O aquella criatura mentía como la más consumada actriz, o acababa de decirle la verdad. En cuyo caso, empezaba a no entender nada de nada—. Veré a sus químicos un momento.

—Vaya. No tiene más que tomar el mismo ascensor hasta la última planta del edificio. Yo telefonearé al señor Bentley para que le aguarde...

Jordan se encaminó al ascensor. Entró en él y lo puso en marcha. Subió con más lentitud de la que bajaba.

Y, de repente, notó un sonido que le era familiar.

Un susurro. Un ruido como de algo que se arrastra. Igual que el que produciría un reptil deslizándose por el suelo del ascensor. Éste se inmovilizó de repente, pero sus puertas no se abrieron.

El susurro continuó. Jordan dilató sus ojos, fijos en el vacío. Sus dedos forcejearon inútilmente con las puertas herméticas del ascensor. No se abrieron.

Supo que había *algo* allí dentro, en la cabina, aunque él no veía nada.

Y supo que estaba enfrentándose al horror invisible. A lo que mataba sin ser visto...

CAPÍTULO VII

LA CLAVE DEL HORROR

Jonnah Jordan procuró no perder la serenidad.

Había temido algo así desde que comenzó su misión en Florida. Por alguna razón, una forma de muerte invisible e implacable había sido lanzada sobre el hombre que buscara su ayuda en Washington. Por esa misma razón, él podía en cualquier momento ser víctima de los mismos métodos, puesto que forzosamente tenía que buscar al mismo adversario que eliminó de modo tan inexplicable al profesor Lark.

Había llegado ese momento. Y en las peores circunstancias. Dentro mismo de lo que debía ser la boca del lobo, el cubil del enemigo. Y dentro también de una cabina angosta, inmovilizada entre dos pisos.

Allí, allí mismo, estaba la cosa que mataba, emitiendo su roce siniestro, aquel murmullo como el arrastrar de una culebra por el suelo. Pero no había nada ni nadie.

Pese a ello, notó el zumbido súbito de sus oídos y el palpar de sus sienas. Percibió una rara dilatación de su garganta, que iba en aumento, cerrándole el conducto respiratorio. La visión se le hacía dificultosa. Una especie de neblina rojiza se interponía entre su retina y lo que le rodeaba.

Contuvo la respiración cuanto le fue posible. Lo había hecho ya apenas notó el roce inicial. Pese a ello, el proceso de asfixia continuaba. Los golpetazos de su corazón y sus sienas acusaban pérdida de oxígeno en la sangre. Las ideas se hacían torpes, los pulmones sufrían una rara opresión.

Borrosamente, captó el botón rojo de alarma dentro del ascensor. Sabía que era inútil intentarlo, porque si alguien había planeado su muerte dentro del recinto de la SBEI, nadie movería un dedo para salvarle de la trampa mortal.

Presionó ese botón, sin embargo, mientras mantenía su respiración detenida, en un esfuerzo titánico. Era hombre bien adiestrado en cosas así. Podía soportar más de un minuto sin reponer el aire de sus pulmones.

Lentamente, empezó a notar que la sensación de asfixia y opresión cedían. La sangre parecía circular con mayor normalidad. Paulatinamente, la visión y los pensamientos se le aclaraban. Al menos, lo suficiente para extraer, con alguna dificultad de movimientos todavía, su pistola múltiple. Le aplicó el resorte de disparos explosivos, y tiró a bocajarro sobre las puertas ajustadas.

La bala se incrustó. Luego, otra. Todas agrupadas. Las oyó reventar dentro, y el humo salió, entre chisporroteos, por los orificios de los proyectiles. Con un estridente zumbido de sirena, las puertas cedieron, reventando su sistema de cierre.

Jordan no dudó. Siempre sin respirar, apretada la boca y con los dedos de la mano no armada sobre su nariz, saltó hacia la divisoria horizontal de ambos pisos, ante la cual se hallaba detenido el ascensor. Una aguda sirena alertaba a todo el edificio.

Se quedó colgando entre ambos pisos, tomó impulso y saltó al inferior ágilmente, cayendo sobre el suelo con sus piernas flexionadas y la pistola en su mano.

Ya estaba mejor. Había vencido al horror invisible, aunque no sabía cómo. Pero contener la respiración había sido decisivo para ello. De modo que no tenía dudas de cuál era la naturaleza del enemigo mortal que no podía ser visto: un gas. Un gas posiblemente incoloro, inodoro e insípido, y que además no debía dejar huellas en el organismo, disolviéndose totalmente en la sangre. El susurro era lo que aún le preocupaba.

Se irguió. Tres empleados con uniforme azul celeste y el emblema de la SBEI en sus pechos, venían hacia él. Le miraron con cierta sorpresa al verle encañonarles.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó uno—. La alarma general está sonando... y el ascensor aparece con la puerta destrozada...

—Alguien intentó asesinarme con un gas letal —dijo duramente

Jordan—. ¿Qué saben ustedes de eso?

—¿Se ha vuelto loco? —replicó uno de ellos, con expresión de perplejidad—. Aquí no hay gas ninguno, señor...

—Lo había ahí dentro —señaló el ascensor con su mano armada—. Alguien lo puso para eliminarle como al profesor Lark. Voy a salir de aquí ahora mismo. Y volveré con una legión de federales para revisar esto a fondo, no les quepa duda. Algo de lo que aquí ocurre dista mucho de explicarse con la historia patética y hermosa de una millonada invertida en ayudar a la futura humanidad.

—Lo lamento, señor Jordan. Suelte ese arma o morirá sin remedio —sonó una voz tranquila a sus espaldas—. Y esta vez no podrá librarse, como del gas...

Jonnah Jordan se revolvió, arma en mano, dispuesto a vender cara su vida.

Encontróse frente a Jasmine Odair, enigmática y burlona, un hombretón fornido, pelirrojo, de rostro pecoso y nariz enorme, rodeado de gente armada con fusiles ametralladores muy modernos, cuyo modelo desconocía Jordan. Aunque hiciera fuego sobre todos ellos, no había solución. Eran más de diez. Le aniquilarían sin remedio. Sabía que también lo harían entregándose, porque los de SBEI habían decidido quitarse la careta finalmente. Pero en la elección, era mejor intentar disponer de alguna remota oportunidad. Y dejándose matar, esa oportunidad no existía.

—Está bien —dijo, soltando el arma, que golpeó el suelo a sus pies—. Ustedes ganan. Veo que todo lo tenían calculado, señorita Odair... Perdón, Jasmine.

—Es el señor Bentley, nuestro director químico —sonrió ella, burlona, mostrando al fornido gigante pelirrojo—. Y también encargado principal de la planta SBEI 02 de Daytona Beach, en realidad... Yo sólo soy su subordinada, señor Jordan...

—De modo que usted dirige todo esto, ¿eh? —Jordan miró al pelirrojo, que sonreía, exhibiendo unos afilados dientes, dignos de un escualo—. Y yo di en la diana, lo mismo que el profesor Lark. Por eso tenía que morir, ¿no es cierto?

—Ésa era la idea inicial. Le hemos vigilado estrechamente desde que llegó aquí. No podía ser sino el amigo del profesor que trabaja para el Gobierno. Lástima... Ni el profesor ni usted deberían ser víctimas de nuestras normas. Pero es lo malo de llegar demasiado

lejos. Jasmine, disponga su encierro inmediato. Creo que al señor Colfax, personalmente, le gustará ver a Jonnah Jordan, del Gobierno Federal, en poder de nuestra organización... antes de proceder a ejecutarle.

—¿Con el horror invisible otra vez? —sugirió Jordan, burlón.

—Usted salvó ese trance. Es muy listo. Adivinó que lo que mató a Lark fue un gas que no deja residuos, ¿verdad?

—Sí, lo adiviné. Lo único que no entiendo es ese ruido, el susurro, el roce...

—Oh, es fácil —rió el pelirrojo Bentley—. La cápsula del gas es de una materia gelatinosa que se disuelve con el aire en un determinado número de segundos. Es proyectada a distancia por un mecanismo oculto, y se adhiere a los cabellos de la víctima sin que ésta lo advierta. Allí, al disolverse, produce un apagado sonido que, dada su proximidad al oído, llega nítido a la víctima antes de que el gas sea letal... ¿Complacida su curiosidad, señor Jordan?

—No del todo. Puesto que voy a morir irremisiblemente aquí dentro, ¿por qué no me dice lo que buscan, realmente, señor Bentley? Nada de ese cuento chino de plancton, algas, fuentes energéticas y todo ello, son la verdad...

—¿La verdad? —De nuevo la risa de Bentley dejó ver sus extraños dientes de punta, afilados y siniestros—. Es fácil, señor Jordan. Nosotros *vamos a conquistar el mundo*. Ya tenemos las bases montadas en todos los países, sin que nadie sospeche: ni americanos, ni rusos, ni chinos... ¡Les aplastaremos a todos, y Shelby Colfax será el Dictador Supremo del futuro inmediato de la humanidad!

* * *

—Conquistar el mundo...

—Sí, señor Jordan —afirmó lentamente Shelby Colfax, erguido frente a él, risueño y apacible—. Conquistar el mundo. Fantástico, ¿no?

—Demencial —suspiró el agente federal, sacudiendo la cabeza—. Nunca oí una tontería semejante.

—¿Tontería? —Shelby Colfax, el hombre más rico del mundo, se irguió ante él, como si le hubieran dado un bofetón. Le miró

despectivo. Era un hombre singular aquel magnate convertido en futuro Napoleón e hipotético Alejandro Magno. Muy singular.

Jordan nunca había visto a un hombre como él.

Mediría metro cuarenta centímetros, todo lo más. Llevaba unos altísimos tacones en sus zapatos de charol reluciente, posiblemente alzas dentro del propio calzado, y una melena rizada, la frondosa, muy alta, con el pelo cresgado, para parecer sin duda algo más alto, aunque la estratagema, dada la dimensión de su figura, era más bien pobre en resultados. A Jordan le recordó la obsesión de Luis XIV, el Rey Sol, por resultar más alto de lo que realmente era mediante medios parecidos.

Aquel hombre tenía obsesiones mesiánicas. Quería ser más grande de lo que físicamente era. Por eso tal vez llegó a la cima en cuestión de dinero. Pero no le bastaba. Ahora quería otra cima: el poder. Poder sobre el mundo entero.

Tenía ojos incoloros, una boca demasiado grande para su rostro, nariz aplastada y unas manos cortas como sus brazos, casi cómicas. Pero había algo siniestro en aquella pequeña figura humana.

—¿Cree que es una tontería poseer más de cien billones de dólares de fortuna? —Siguió con sus extraños, claros ojos glaucos brillando fanáticamente—. ¿Lo es haber logrado engañar a mi Gobierno, al de la URSS, al de Pekín, a todos los demás, con mis falsas plantas de investigación marina, que son, en realidad, poderosas bases de armas nucleares submarinas, imposibles de detectar gracias a una pantalla antidetección inventada por mis expertos? ¿Cree que es una tontería disponer en estos momentos de misiles mar-tierra y mar-aire

capaces de poner en jaque a las grandes potencias en sólo unas horas, destruyendo sus más importantes bases? El dinero, señor Jordan, unido a la inteligencia y la ambición, es algo muy importante. Se compran conciencias, funcionarios públicos, silenciosos cómplices, traiciones y todo eso. Luego, cuando llegue el día, seré el amo de todo. Tendrán que rendirse ante mis armas devastadoras. Tendré a tiro todas las grandes urbes y centros neurálgicos del mundo oriental y occidental. Éste y Oeste, Oriente y Occidente no serán nada frente al poder supremo de Shelby Colfax, que será Colfax I, Dictador-Emperador del Mundo...

—Está rematadamente loco —gruñó Jordan—. Todo lo que logrará es unas cuantas masacres y nada más. Terminará derrotado, hundido, pulverizado...

—Lo veremos, Jordan. Lo veremos... Pero usted *no* lo verá. Va a morir.

—Lo sé. Eso no cambiará el curso de las cosas, Colfax. Napoleón, Alejandro, Aníbal, César, Hitler... Todos intentaron algo parecido, y cayeron al final. Es irremediable. Nadie puede ser amo del mundo, por mucho poder que tenga.

—Si el profesor Lark no hubiese sido, además de oceanográfico experto, un excelente químico, como su colaborador Neil Prescott, director de *Marineland* en Port Orange, y su propia hija Leslie Lark, usted nunca hubiera llegado tan lejos. Nunca hubiese sabido que existía un gas invisible, letal, que no deja huella en el mar. Pero el profesor, visitando este lugar, descubrió las fórmulas de Bentley, y comprendió que una correspondía a un potente gas de envenenar la sangre y de obstruir los conductos respiratorios sin dejar luego rastro alguno en el cadáver, y comprendió que aquí había algo más, mucho más de lo que parecía. Por fortuna, Bentley sospechó y le hizo seguir. Cuando llegó a Washington y fue en busca suya, le disparó a distancia una cápsula del gas letal, y él murió. Con usted tuvimos menos éxito, porque imaginó la naturaleza de la muerte invisible. Le felicito por su astucia, Jordan, aunque ella no le sirva ahora de nada.

—Ya sé por qué mataron a Lark. El no lo sabía todo, como yo ahora, pero sí lo suficiente como para que se iniciaran las sospechas sobre su complejo multinacional, hundiendo sus planes. Pero ¿por qué hizo matar también a Norman McLeod, el alcalde de Port Orange, Colfax?

El enano le miró con sorpresa. Luego, meneó la cabeza, con aire escéptico.

—En eso no tuvimos nada que ver, Jordan. Absolutamente nada.

—No lo creo. Eso y el agitamamiento de los animales marinos es obra suya, Colfax. Ustedes están ensayando productos químicos y han provocado la mutación.

—Está disparando, Jordan —refunfuñó el monstruoso enano millonario con aire indiferente, que casi se hizo irritado al añadir—: Esos malditos monstruos nos están dificultando mucho las cosas.

Nosotros nunca vertemos productos químicos al mar para evitar investigaciones que nos perjudiquen en nuestro secreto. La aparición de esos gigantescos peces nos está creando problemas graves. No sabemos lo que ocurre. Lo atribuimos a un posible accidente de la NASA o de sus fuerzas navales, Jordan.

—Pues no es cierto. —Jonah se quedó meditativo—. De todos modos, gracias por sus informes, Colfax.

—Para lo que van a servirle... —rió el magnate liliputiense, dirigiéndose a la puerta con lentitud—. Le dejo, Jordan. Hoy mismo será ejecutado. Lo lamento. Personalmente, no tengo nada contra usted. Pero mi organización debe seguir adelante, y usted estoy seguro de que no se vendería por todo el oro del mundo, ¿no es cierto?

—Muy cierto —afirmó Jordan lentamente—. Por eso no he intentado engañarle con una proposición de ayuda y colaboración. Sé que no me hubiese creído en absoluto.

—Nos conocemos bien —rió Colfax sarcástico—. Lástima que no pueda contar con un hombre como usted entre mis agentes...

—Yo ve que todo no se puede comprar con dinero —sentenció el agente especial con ironía—. Del mismo modo, le aseguro que nunca, nunca, será amo del mundo, Colfax... Pero nadie podrá evitar que produzca una matanza tan absurda como inútil...

Shelby Colfax desapareció tras la puerta blindada, sin responder. Jordan vio fugazmente a los tres hombres uniformados, con cascos militares de peculiar estructura y uniforme verde oscuro, montando guardia en el corredor de su celda, metralleta en ristre. Eran armas ligeras, automáticas, de diseño desconocido para él. Evidentemente, Colfax no mentía en algo: debía poseer un arsenal impresionante, oculto en las falsas plantas de investigación submarina por el mundo. Ahora sabía Jordan por qué le causó tanto desasosiego conocer el emplazamiento de sus numerosos centros aparentemente científicos.

Formaban una perfecta red envolvente. Y el mundo quedaba dentro, inerme a su primero y devastador ataque. No creía que terminara triunfando sobre todas las grandes potencias y países unidos a ellas. Pero sí podía causar millones de muertos, antes de que su fantástico sueño demencial de poder a escala planetaria fuese hecho trizas.

—¡Y no puedo evitarlo! —Se enfureció Jordan, golpeando con sus puños los muros metálicos, herméticos—. No podré hacer nada... porque para entonces llevaré mucho tiempo muerto, sepultado en el mar...

Se dejó caer en un rincón, víctima del desaliento. No podía luchar ya contra Colfax. Estaba en un recinto cerrado, de metal indestructible. De allí, solamente saldría para morir.

No supo cuánto tiempo transcurría. De repente, se abrió la puerta. Asomó alguien. Era Jasmine Odair, la oriental. Vestía uniforme verde oscuro de hombre, con insignias de mando. Evidentemente, era oficial de las fuerzas de Colfax.

—Vamos —dijo fríamente, mirándole con sus ojos almendrados—. Llegó la hora, Jordan.

CAPÍTULO VIII

PASION EN EL INFIERNO

El paseo entre seis militares de oscuro uniforme verde con correajes negros y cascos grises, terminó. Jasmine, también armada con pistola al cinto, hizo un gesto.

Los seis hombres salieron de la estancia, quedando en la antecámara. Jordan había sido sentado en una silla metálica, triangular. Jasmine, ante él, le miraba con expresión helada. El ceñido pantalón del uniforme marcaba la firmeza de sus muslos.

—Bien, Jordan —dijo lentamente—. ¿Sabe lo que esto significa?

—Claro —suspiró él—. La muerte. Parece una silla eléctrica.

—Es más que eso. Es la silla desintegradora. Cuando esa especie de cámara o tomavistas del muro proyecte sobre usted un rayo parecido al láser, empezará a disolverse con rapidez. Un poderoso corrosivo creado por los científicos de Colfax, habrá terminado con usted en segundos. Es nuestra forma de pena capital.

—Muy agradable. Termine de una vez, Jasmine.

—Claro —susurró ella, dirigiéndose al mecanismo asomado a la pared de metal—. Le deseo suerte en su viaje, Jordan...

Afuera, los soldados armados oyeron el zumbido escalofriante del mecanismo mortal al ser puesto en marcha. El sonido se prolongó varios segundos. Finalmente, reapareció Jasmine en la puerta, apenas cesó su zumbido.

—Ya pueden entrar —dijo—. El reo ha sido ajusticiado. Recojan sus útiles no destruidos...

Los soldados entraron en la cámara letal. Ya no se veía ni rastro de Jordan en la silla desintegradora.

Todo sucedió con gran rapidez.

Los seis soldados armados cayeron como fulminados al pisar la cámara. Jasmine, rápida, se volvió hacia detrás de la puerta metálica cuando Jonnah Jordan salió de ella, totalmente intacto y con expresión todavía perpleja. Miró a los caídos. Ella habló presurosa:

—No hay tiempo que perder, Jordan. No tardarán en notar su ausencia en, el cuerpo de guardia. Disponemos, como máximo, de diez minutos para salir de aquí y alejarnos lo suficiente de los proyectiles teledirigidos submarinos de la base...

—Entiendo. —Jordan se inclinó, tomando el fusil ametrallador de uno de los soldados inermes, y también su pistola. Avanzó hacia la salida. Jasmine, pistola en mano, le siguió—. ¿Por qué hace esto por mí, Jasmine?

—Por una razón fundamental: no quiero verle morir. Usted me gustó apenas le vi. No deseo que un hombre que me gusta llegue a ser asesinado.

—¿Y sólo por eso renuncia al futuro poder, al triunfo junto a Colfax?

—Como usted dijo, no creo que triunfe, pero provocará un desastre mundial, eso sí. Inicialmente, planea enfrentar a Oriente y Occidente, haciéndoles creer en una mutua agresión, para después remacharles él con sus armas intactas.

—No deja de ser astuta la idea. Tal vez resulte, incluso.

—No debe resultar. No deseo ese horror.

—Pero trabajaba con ellos hasta ahora —señaló Jordan, mientras corrían ambos por un pasillo metálico que parecía interminable.

—El paga muy bien. Yo quería dinero. Empiezo a pensar que hay cosas que valen más: la conciencia propia... y hombres como usted. Íntegros y... tan atractivos...

Jordan no dijo nada. Había llegado a un punto del corredor y, al doblar un recodo, se vieron frente a tres soldados que les miraron, atónitos. Jasmine disparó su pistola. Cayó uno de ellos. El arma era silenciosa. Jordan apretó el gatillo de su metralleta. Tampoco produjo otro ruido que un zumbido sordo, pero los demás cayeron.

—Balas adormecedoras. Su efecto dura horas enteras —explicó Jasmine, reanudando la carrera a su lado—. Igual que el gas que les hizo respirar a los soldados en la cámara de ejecuciones...

—¿Disponemos de alguna salida ahora, Jasmine?

—Sólo de una: un
mini-sub

que hay al final de este corredor. Es muy veloz. Si podemos alejarnos lo suficiente de Daytona Beach antes de que se den cuenta, habremos salvado nuestra piel..., de momento.

—Yo procuraré que sea de modo definitivo, Jasmine —prometió Jordan con energía.

Y la miró con afecto y gratitud, oprimiendo una de sus manos enérgicamente. Ella le sonrió, emocionada. Sus ojos tenían un brillo de especial excitación mientras se fijaban en el hombre que establecía contacto con ella. Evidentemente, la hembra y el macho de la especie se habían encontrado, incluso en tan agitadas circunstancias...

Llegaron sin dificultades a una especie de embalse subterráneo, abovedado, donde se hallaba una nave submarina pequeña, virtualmente un submarino de bolsillo, de color azul oscuro, capaz de confundirse con la tonalidad de las aguas en la profundidad. Tres soldados de uniforme verde y casco gris los protegían. Una ráfaga del arma de Jonnah bastó para abatirles, sepultándoles en las aguas del embalse.

—¡Pronto, a la nave! —exigió roncamente la joven oriental—. ¡No hay tiempo que perder, Jordan! En cuanto detecten nuestra salida, sonarán todas las alarmas y comenzará la cacería...

Cruzaron una pasarela tendida sobre las aguas y se introdujeron en la nave sumergible. Para sorpresa suya, aparecieron dos hombres de uniforme semejante a los otros, pero de tono azul oscuro, con gorra blanca. Sin duda, la marina particular del enloquecido Shelby Colfax.

Esta vez fue ella la que disparó certeramente, abatiéndoles antes de que ellos, al identificarla, hubiesen salido de su asombro. Corrió al fondo, por un angosto pasillo, gritando a Jordan:

—¡Tira sus cuerpos afuera, o despertarán durante el viaje creándonos problemas!

Jonnah lo hizo. Los dos hombres chapotearon en las aguas de la

cisterna gigante, hundiéndose. Un motor zumbó de repente, con suavidad, en alguna parte del submarino de bolsillo. Jordan regresó adentro con celeridad, cerrando la compuerta de modo hermético.

Se reunió con la sorprendente oriental en la sala de máquinas del mini-sub

. Éstas eran un compartimiento anexo a la cabina de mandos, ocupada solamente por cuatro asientos. Era el máximo de tripulantes posibles.

—En marcha —dijo ella con ojos brillantes—. Ya salimos, Jordan...

La nave, en efecto, se movía. El todavía tuvo una duda:

—¿Estará franca la salida de esta base, Jasmine?

—Lo está. Desconecté desde aquí los circuitos de protección, y salimos a mar libre. Pero aquí no termina todo. En menos de dos minutos, se habrán enterado de esto.

—¿Y qué sucederá?

—Comenzará la cacería bajo las aguas, querido —rió ella suavemente, volviéndose a él y tirando de súbito de unas cremalleras de su uniforme. Unos pechos pequeños y duros saltaron fuera de su encierro. Los muslos quedaron al descubierto. Ella se aproximó a él, insinuante, cimbreando su figura. Se humedeció los labios con su lengua, ávidamente, y entornó los rasgados ojos.

—Pero tenemos unos minutos de margen, Jordan —dijo roncamente—. No podemos hacer otra cosa que correr, y para eso ya he dispuesto el piloto automático de la nave. Tal vez no salgamos de ésta. Pero, ocurra lo que ocurra, puse un precio a tu vida en la cámara de ejecuciones de salvarte, ¿recuerdas?

—Será un precio muy grato de pagar, Jasmine —respondió Jonnah, mirando sus formas deseables, apetitosas, exultantes de sensualidad—. ¿Seguro que es eso lo que desees?

—¿Y lo preguntas? —Arqueó ansiosamente su cuerpo hacia adelante, mostrando impúdica sus muslos, su entrepierna, sedosa y oscura. Los pechos vibraron, apuntando rectos hacia Jordan con sus pezones erguidos—. ¡Hazme tuya, querido! ¡Pronto! ¡Antes de que podamos morir violentamente... quiero morir de gozo contigo! Después de todo... eres el precio de mi traición...

Cayó sobre él. Le aferró ávida, mordió los labios del joven

agente, buscó frenética en su cuerpo, y encontró lo que buscaba. Momentos después, ambos cuerpos, jóvenes y mutuamente apetecidos, se revolcaban por el suelo de la cabina del submarino, en tanto, como una centella bajo las aguas, se alejaba de la base secreta del ejército del futuro Colfax I, Dictador-Emperador del Mundo, mientras en el interior del blanco edificio se conectaban todas las alarmas de máxima emergencia y se iniciaba la persecución y destrucción del mini-sub robado.

Justo entonces, los peces gigantes de las profundidades intervinieron decisivamente en favor de los fugitivos.

* * *

Fue una fortuna que la bandada de peces gigantes, formada por varios meros, tintoreras habitualmente pequeñas, ahora tan gigantescas como las demás criaturas de la zona, y acompañadas por octópodos aumentado casi diez veces su volumen normal, cruzasen justamente tras el paso del mini-sub de los dos jóvenes, formando una auténtica barrera ante el radar de los perseguidores, que empezó a detectar señales intensas en sus redes, desorientando momentáneamente a la flotilla de mini-subslazados en su busca.

A bordo del submarino de bolsillo, dos jóvenes jadeaban, mirándose con ardor, tras el rápido éxtasis a que habían llegado sus cuerpos, todavía estremecidos, palpitando de deseos recién satisfechos.

Jasmine sonrió, mirando muy de cerca a su pareja. Su voz fue un murmullo junto a la boca entreabierta de Jordan, que aún besaba sus labios amorosamente.

—Son peces... Peces gigantes, estoy segura... Escualos y todo eso. Están a nuestro favor en este momento, por pura casualidad... Pero también alteran los controles de a bordo con sus impactos.

Era cierto. El mini-sub

se agitaba violentamente entre dos aguas. Jordan, semidesnudo, se precipitó sobre los mandos, intentando controlar la pequeña nave con la ayuda de Jasmine. Se volvió. Uno de los pechos de la muchacha, erguida junto a él, casi se le introdujo en la boca al hablar:

—Voy a emerger, Jasmine —dijo sordamente.

—¡Emerger! —protestó ella—. ¡Es una locura! ¡Nos abatirán!

—Tendrán que dar la cara. Y no creo que estén aún preparados para ello. Veo que hay aquí un poderoso equipo de transmisiones. Voy a utilizarlo, llamando a los guardacostas y a la Marina. Tal vez resulte a tiempo...

—Pero corremos el riesgo de ser alcanzados por un misil...

—Tendrá que arriesgar mucho también el señor Colfax si pretende tal cosa. La explosión sería detectada inmediatamente, y la Marina localizaría el origen del disparo en poco tiempo. Resultaría el final de sus sueños. Intentará todo, antes de dar un paso en falso, estoy seguro...

Sobre la pantalla del radar, seguían viéndose las interferencias copiosas de la bandada de monstruos marinos. Jordan manejó los mandos. El submarino de bolsillo comenzó a emerger...

—Jonnah... —musitó ella—. Presiento algo malo... Por favor, abrázame, por si ocurre lo peor...

Miró a Jasmine. Era hermosa y deseable. Además, le debía la vida. Y él era hombre. No resultaba difícil, aun en circunstancias tan duras, ceder a su petición.

No sólo la abrazó contra sí. Sus cuerpos desnudos contactaron. Fue inevitable que él se empotrara en ella con ardor. Exhaló Jasmine un largo gemido y se entregó a él voluptuosamente, de nuevo, mientras el submarino de bolsillo subía y subía, saliendo a la superficie, mientras el sistema de transmisión de a bordo funcionaba mecánicamente, emitiendo un

S. O. S.

en clave, con el código especial de máxima alerta utilizado habitualmente por el Gobierno de los Estados Unidos en operaciones decisivas.

Cuando surgieron del mar, cerca de la costa, a cosa de diez millas de Daytona Beach y de la madriguera de Colfax, un misil teledirigido, de mando automático, agua-aire-agua, se precipitó

sobre ellos.

Lo hubiera hecho igual sobre el
mini-sub

, de estar sumergido. Colfax, pese a todo, se había jugado su última
baza para destruir a los fugitivos.

El

mini-sub

estalló en medio de un caos de fuego y humo, reventando su casco
en varios puntos. Jordan se sintió lanzado lejos de los brazos de
Jasmine, cuyo grito desgarrador captó en la confusión,
pronunciando su nombre.

Luego, el silencio y la oscuridad cayeron sobre él, como velo de
muerte.

CAPÍTULO IX

EL SEGUNDO ENIGMA

—Muerta...

—Lo sentimos, señor Jordan —manifestó el oficial de guardacostas, con gesto sombrío—. Cuando les rescatemos, ella ya había muerto. El fuego había abrasado sus ropas, dejando el cadáver virtualmente desnudo...

Jordan no dijo nada. Sonrió amargamente. Era mejor que creyeran eso. Miró el bulto que formaba el cuerpo bajo la manta, en la cubierta del guardacostas.

—Pobre Jasmine... —susurró roncamente—. Pobre muchacha hermosa y apasionada... Lo siento. Pudiste haberte salvado, como yo. Y el destino no lo quiso. Me pregunto por qué les ocurren estas cosas a las personas que no lo merecen...

—Señor Jordan, su mensaje especial a Washington ha sido ya cursado urgentemente —siguió el oficial de Marina—. De momento, Daytona Beach está bloqueado por aviones y barcos. Esperamos instrucciones para ordenar su rendición o destruirlo.

—Tienen que destruir muchos más —suspiró Jonnah—. Espero que el Gobierno dé pronto la orden decisiva para aniquilar esos focos de futuro aniquilamiento humano.

Un radiotelegrafista acudió rápidamente con su mensaje, que entregó al oficial. Éste lo leyó y, sonriendo, lo tendió a Jonnah Jordan.

—He aquí la respuesta a sus deseos, señor —dijo optimista—. El Gobierno y el Pentágono acaban de informar a los Gobiernos de todos los países donde la Sea Bottom Explorer Inc. tiene sucursal o

planta investigadora, para su inmediato cerco y destrucción. También hay orden de captura inmediata, vivos o muertos, para Shelby Colfax e Irving Bentley. Aviones bombarderos vienen a destruir la base de Daytona.

—Bien... Creo que eso bastará. El sueño de un loco vuelve a difuminarse, como tantos otros... —Miró de nuevo el bulto formado por el cadáver de Jasmine en la cubierta del barco guardacostas de la U.

S. Na

vy—. Pero siempre a un alto precio...

—Espero que esté ya totalmente satisfecho, señor.

—No, no del todo —meditó Jordan, caminando lentamente hacia la escalerilla de los camarotes—. No del todo. Tengo algo que hacer aún en Port Orange...

—Tiene que restablecerse de sus heridas, recuérdelo.

—Habrá tiempo para eso. Antes, debo resolver algo que aún está por aclarar: el misterio que provocó la muerte de otro hombre en Washington... Algo que, ciertamente, nada tiene que ver con la locura mesiánica de Colfax y sus sueños de poder infinito.

—¿Qué es ello, señor? —se sorprendió el oficial de guardacostas.

—La causa que convirtió a los peces inofensivos en monstruos infernales...

* * *

—Temo no entenderle, señor Jordan —confesó con gesto de extrañeza Neil Prescott, director de *Marineland* en Port Orange.

—Es muy sencillo, señor Prescott —sonrió Jonnah paseando lentamente por el acuario central de la instalación, mientras el joven Prescott y Leslie Lark le miraban fijamente—. Yo siempre pensé que todo lo ocurrido estaba relacionado directamente entre sí. Es decir, que el profesor Lark y el alcalde McLeod murieron en Washington el mismo día por idénticas causas Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad.

—¿Qué quiere decir? —Dijo extrañado Prescott—. Ya le dije que el profesor había hablado con el alcalde McLeod antes de investigar el asunto...

—Sí, pero lo que yo ignoraba entonces es que, mientras el

profesor Lark investigaba la existencia de peces gigantes en una dirección, el alcalde lo hacía en otra. Y, sorprendentemente, ambos hallaron soluciones distintas al enigma. Mientras el profesor achacaba las culpas del fenómeno biológico a posibles contaminaciones químicas producidas por los laboratorios de la SBEI, en Daytona Beach, e investigaba en ese sentido, McLeod, quizá por simple azar, daba con una explicación mucho más sencilla de los hechos, que le movía a visitar al senador Farrar, de Washington, para informarle de un grave abuso cometido por alguien aquí, en Port Orange, con los fondos de investigación aportados por el Estado de Florida.

—Temo no entenderle nada, señor Jordan —manifestó Prescott, muy serio.

—Y yo menos —manifestó Leslie Lark, la hija del profesor, mirando su reloj de pulsera nerviosamente—. Disponemos de muy poco tiempo. Dentro de una hora son los funerales por mi padre, que será inhumado aquí, y no quisiera faltar a la ceremonia, comprenda...

—Yo no le impediré que falte, señorita Lark —murmuró tristemente Jordan—. Sé lo que una hija siente por su padre. Pero comprenda también lo que sentirán otros familiares por la muerte de un hombre honesto y noble como Norman McLeod, alcalde que fue de esta población. Y, sin embargo, *ni usted ni el señor Prescott vacilaron en asesinarle*, como tampoco dudaron en enviar a tres pistoleros profesionales para cazarme al regreso de mi visita a Elmer McLeod, en compañía de usted, señor Prescott.

Un silencio profundo reinó en el acuario central. Prescott palideció intensamente, pero Leslie Lark, la hija del profesor, mucho más aún. Ambos, con el rostro como la cera, se miraron entre sí, aterrados.

—No... no sabe lo que dice, señor Jordan... —protestó sordamente el joven director de *Marineland*—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Te dije que no resultaría, Neil... —sollozó ella, ocultando el rostro entre sus manos bruscamente.

—¡Calla! —rugió él, descompuesto, frenético—. ¡No tendrán nunca pruebas de nada!

—Se equivoca, señor Prescott —sonrió Jonnah con amargura—.

Tenemos fácilmente las pruebas. En su ausencia, expertos químicos federales han revisado su laboratorio aquí, en *Marineland*, encontrando que un compuesto químico producido por la señorita Lark, *que es químico igual que usted*, como me informaron en SBEI casualmente, y que pensaron sería un alimento ideal para los peces. La idea era buena en su origen, pero algo falló en la fórmula, resultando un producto mucho más «alimenticio» de lo que ustedes imaginaron jamás. Hasta el punto de que en contacto con el agua, se convierte en un poderoso elemento capaz de alterar la genética y biología piscícola, totalmente, creando auténticos monstruos de un infierno acuático.

—Sigue sin tener pruebas de tal cosa. Es un disparate lo que afirma —rugió Prescott, furioso.

—No, no lo es, y usted lo sabe. El padre de la señorita Lark jamás imaginó tal cosa. El había descubierto algo que era peor que el crecimiento de los peces, y quería informar al Gobierno de ello. Por eso fue a verme. Jamás sospeché que su propia hija convirtiera en monstruos a los animales marinos con un producto químico erróneo, ni que usted la protegería en todo momento, encubriéndola. Y llegando ambos al crimen e incluso al contrato de asesinos profesionales para no ser desenmascarados y verse expulsados definitivamente de esto, que consideraban su obra personal.

—Te lo dije, Neil... —gimió Leslie Lark entre sollozos—. Te lo dije... No debimos ir a Washington, tras de McLeod para matarle...

—¡Calla, estúpida! —aulló el joven—. ¡No hables más, no sigas... o los dos iremos a la cámara de gas!

—No sé si irán, pero el asesinato de Norman McLeod puede bastar para ello, sin contar su cómplice y criminal silencio cuando sus propios animales comenzaron a crecer y crecer, alimentados por ese maldito producto, y ustedes callaron cobardemente, dejando morir en sus fauces a tantas personas inocentes. Ignoro cómo descubrió McLeod, siguiendo alguna pista que él localizó, el origen de esas monstruosidades. Pero usted se enteró de ello, Prescott, y siguió al alcalde hasta allí, entrando en el Capitolio con un truco ingenioso, como fingirse operario de servicios o algo así, matar a McLeod y huir después. Debí pensar que McLeod no sabía nada de nada sobre el asunto de seguridad nacional, porque sólo llevaba

encima un periódico con la noticia de la aparición de los primeros monstruos en el fondo del mar... y un folleto de este establecimiento, Su intención, pues, resultaba obvia, ¿verdad? Sólo que a veces, los árboles impiden ver el bosque. Y la muerte del profesor, a manos de otros criminales mucho más refinados y sofisticados, como los expertos asesinos de Shelby Colfax, era capaz de desorientar a cualquiera.

Leslie se derrumbó, entre amargo llanto, y Prescott pareció a punto de intentar la evasión o atacar a Jonnah Jordan. Pero una puerta se había abierto, y dos agentes federales armados aparecieron en su hueco, esperando. Miraron a Jordan, aguardando instrucciones.

Finalmente, con lentitud, Neil Prescott inclinó la cabeza. Estaba roto, hundido. Ya no pensaba resistir más. Miró a Leslie Lark con amargura. Y dijo lentamente:

—Por ti me hice un asesino, Leslie. Quería protegerte.

Evitar que tu padre llegara a saber lo que habías hecho con su obra... Pero en realidad, sólo ha habido un culpable de todo esto siempre: tú misma, Leslie... Tu desmedido afán de ser genial, de conseguir lo que nadie había logrado nunca. Amaestrar tiburones, crear espectáculos de delfines totalmente nuevos y revolucionarios, producir nuevas especies de peces con cruces biológicos... Y, finalmente, un superalimento capaz de mejorar las especies... ¡Mejorar las especies! Mira lo que conseguiste, Leslie. Casi destruyes al mundo con tu maldito producto... y sin embargo te negabas a dejar de utilizarlo, pensando que crear esas horribles bestias gigantescas era una obra que merecía la pena, aun a cambio de la muerte de muchos, por su gran valor científico.

—Cerdo... —Leslie, descompuesta, con el rostro crispado, miró a su protector y amante con ojos encendidos de cólera, tras sus lágrimas—. No te hagas ahora el inocente. Mientras papá me creía una chica dócil y honesta, tú y yo nos acostábamos juntos... No era sólo *Marineland* lo que contaba, sino mi cuerpo, tus deseos, el vicio carnal, ¿no es cierto? ¡Por eso me protegiste, por eso mataste a McLeod, y tuviste miedo cuando llegó Jordan y decidiste matarle también a él!

—Eres un reptil, Leslie —la acusó él fríamente—. Tu padre nunca imaginó la clase de sucia ramera ociosa que tenía por hija...,

por fortuna para él.

Ella le escupió y quiso lanzarse a golpes. Los federales la sujetaron, esposándola. Jordan vio cómo esposaban igualmente a Prescott. Meneó la cabeza con lentitud.

—Lo siento —dijo—. Lo siento por el profesor Lark..., no por ustedes dos. Creo que confió su obra en quienes no debía. Tal vez ahora que está libre de su trabajo con la empresa SBEL, Elmer McLeod sea mejor protector de estas instalaciones que ustedes dos... Si realmente desean ir al funeral del profesor, les dejaré ir. Pero tal como están ahora. Esposados y bien vigilados No quiero perderles sin que respondan por sus delitos.

Y salió del acuario, sintiendo una amarga sensación de tristeza y de repugnancia en su boca. Como si hubiese tomado un mal trago. A veces, conocer realmente a la gente tal como era, producía esos efectos.

* * *

—Muy bien, mi hermoso y arrogante Casanova... Te espera una hermosa muchacha morena y opulenta, de grandes pechos y hermoso trasero, deseando ser toda tuya, a bordo de un barco petrolífero... Has tenido un idilio con una muchacha oriental que murió por salvar tu vida y renunció a una fortuna junto a un loco millonario... ¿Qué otras aventuras de faldas te aguardan todavía en Florida, Jonnah?

—Creo que ninguna, Melba —protestó vivamente él—. Te aseguro que exageras. Esa chica, Jasmine, sólo intentó serme útil porque recapacitó a tiempo, y...

—Mientes como un villano —le atajó Melba, severa—. Yo no me creo esa historia de que la explosión os desnudó a ambos. Ninguna mujer se la creería, Jonnah.

—Allá tú con tus creencias. Jasmine está muerta. Y esa chica del barco, Lori Mason, no me atrae lo más mínimo.

—Pues recuerdas muy bien su nombre. Seguro que también su perímetro torácico...

—Pero ¿qué diablos ocurre, Melba? ¿Es que eres acaso mi esposa o novia para pedirme explicaciones? —Se irritó Jordan.

—No —rió ella de pronto—. Pero quería ver la cara que ponías

al protestar. En realidad, la misma de todos los hombres que mienten, querido Jonnah.

—Eres un demonio, Melba. Por un momento, pensé que me habías cazado y me creías ya algo tuyo.

—Pues no es así, no le hagas ilusiones. No he caído aún en tus redes, Casanova.

—Menos mal —resopló Jordan, riendo también—. De todos modos, te voy a demostrar que las formas exuberantes de la chica del barco no me seducen. ¿Qué tal si salimos esta noche a bailar y a cenar, para celebrar el fin del caso Colfax, el desmantelamiento de todas sus bases secretas en el mundo, y también la solución al misterio de los peces gigantes y asesinos que ahora serán aniquilados progresivamente y la interrupción de ese alimento químico impedirá reproducir de nuevo?

—Oh, Jonnah, eso sería estupendo —brillaron sus ojos—. ¿De veras lo dices en serio?

—Totalmente. Claro que si quieres, aún puedo tomar una canoa, ir al barco y...

—¿Y arriesgarte a que otro tiburón gigante vuelque tu barca? ¡Oh, no, no, nunca consentiría eso! —Melba se colgó de su brazo, con expresión risueña, y le miró a los ojos, procurando que sus senos se pegaran a su cuerpo. Jonnah notó su turgencia y vigor—. Está decidido. Acepto tu invitación.

—Mujeres... —Gruñó Jordan, mirándola también—. ¿También tú pretendes provocarme esta noche con tus encantos?

—¿Y por qué no? —Se pegó aún más a él. Notó el calor de sus muslos y su sexo contra sí—. ¿Por qué no, si realmente los tengo?

—Sólo los imagino, pero eso no prueba nada.

—Todo se andará, querido. Todo se andará —le guiñó un ojo—. Antes de que esa fulana del barco perliífero te pesque, soy capaz de todo...

Y tiró de él resueltamente, dispuesta a no separarse de su camarada en toda la noche.

Sabía que tenía competencia en ese terreno, y estaba dispuesta a manejar toda su artillería gruesa para convencer a Jonnah Jordan de que ella también valía lo suficiente para ser algo más que una compañera o una mujer...

Y lo peor es que Jordan intuía esas intenciones... y temía por el

resultado final del ataque femenino.

Siempre existe un enemigo al que no se puede vencer. Y ése podía ser la rubia Melba Leeds. Un enemigo de verdadero cuidado, empezaba a darse cuenta de ello ahora...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.